

Luces, tertulias, cortejos y refrescos

MARÍA DE LOS ÁNGELES PÉREZ SAMPER
Universidad de Barcelona

Resumen

Este artículo sobre luces, tertulias, cortejos y refrescos pretende hilvanar unas cuantas reflexiones en torno a la sociedad y la cultura del siglo XVIII español. Puesto que, como señala Roger Chartier, no sólo es necesario hacer una historia social de la cultura, sino también una historia cultural de lo social, el caso de las tertulias es un buen ejemplo de esa doble vertiente. Las tertulias eran formas más abiertas y creativas de establecer y mantener las relaciones humanas más variadas. Se convirtieron en instrumento fundamental de la sociabilidad de las élites, cauce de la difusión de las Luces y del desarrollo de la opinión pública y, también, ocasión destacada de una nueva manera de relacionarse hombres y mujeres. En estas nuevas prácticas de sociabilidad, chocolate, café y té tuvieron un importante papel. Estas tres bebidas, consumidas por sí mismas, por su valor alimentario y por el placer del gusto, alcanzaban todo su significado como ejes de encuentro y de relación social.

Las *Luces* del setecientos siguen constituyendo un fenómeno histórico apasionante. Entre las múltiples perspectivas posibles para su estudio una parece atraer desde hace tiempo la especial atención de los historiadores, la historia social de la Ilustración, como refleja actualmente, por ejemplo, el libro de Thomas Munck¹. Este artículo sobre luces, tertulias, cortejos y refrescos no pretende más que hilvanar unas cuantas referencias y reflexiones en torno a la sociedad y la cultura del

¹ Thomas MUNCK, *Historia social de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 2001.

Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII, núms. 10-11. Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, Universidad de Oviedo, 2002, págs. 107-153.

siglo XVIII español. Puesto que, como señala Roger Chartier, no sólo es necesario hacer una historia social de la cultura, sino también una historia cultural de lo social, el caso de las tertulias es un buen exponente de esa doble vertiente, diferente pero indisoluble, de lo social y lo cultural, lo cultural y lo social².

En la Europa del siglo XVIII surgieron nuevas prácticas y nuevos espacios de sociabilidad, privados y públicos, que alcanzaron un importante significado social y cultural. Uno de los ejemplos más característicos es el de las tertulias. Eran reuniones de familiares, parientes, amigos, conocidos y desconocidos, pero eran mucho más. Eran formas más abiertas y creativas de establecer y mantener las relaciones humanas más variadas. La tertulia no era un fenómeno nuevo, tenía antecedentes en el Humanismo y en el Barroco; tertulias, academias literarias y reuniones similares ya habían existido en siglos anteriores, pero en la Ilustración adquieren especial relieve, pues se convierten en instrumento fundamental de la sociabilidad de las élites, cauce de la difusión de las Luces y del desarrollo de la opinión pública y, también, ocasión destacada de las nuevas relaciones entre hombres y mujeres.

El fenómeno del nuevo estilo de sociabilidad, la de las tertulias, academias y salones, fue general, aunque alcanzó formas diversas y diferente intensidad. Como señala Thomas Munck, los espacios de reunión, conversación y debate no eran una innovación de la Ilustración, pero la moda del siglo XVIII favoreció sobre todo a los «salones», encuentros y comidas semanales de carácter oficioso y estudiadamente informales, cuya práctica se desarrolló en toda Europa, alcanzando su máxima sofisticación en París, con anfitrionas tan famosas como Mme. Geoffrin, Mlle. Lespinasse, Mme. Necker y Mme. Helvetius³. Más allá de su significación social, en Francia los salones desempeñaron un destacado papel intelectual y político⁴. El fenómeno se difundió por muchos países y también alcanzó un gran éxito en la península ibérica, adoptando en cada caso sus propias particularidades⁵.

En España las relaciones sociales experimentaron en el siglo XVIII cambios notables, de acuerdo con las transformaciones derivadas del reformismo ilus-

² Roger CHARTIER, «Historia, lenguaje, percepción. De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social» en *Historia social*, nº 17, 1993.

³ Thomas MUNCK, *Historia social de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 2001, págs. 100-102.

⁴ Roger CHARTIER, «Prácticas de sociabilidad. Salones y espacio público en el siglo XVIII.» en *Studia Historica. Historia Moderna*. Vol. 19, Informe: Público/Privado. Femenino/Masculino, Salamanca, 1998, págs. 67-83.

⁵ Vid, por ejemplo, para Inglaterra: P. Borsay, *The English Urban Renaissance. Culture and society in the provincial town, 1660-1770*, Oxford, Clarendon Press, 1991, págs. 284-308. Y para Portugal Maria Alexandre Lousada: «Sociabilidades mundanas em Lisboa. Partidas e assembleas, C. 1760-1834» en *Penélope*, nº 19-20, Lisboa, 1998, págs. 129-160. Agradezco al profesor Xavier Gil su amabilidad al proporcionarme esta última referencia.

trado. De un lado, el nuevo fenómeno se inscribía en el proceso de privatización y separación entre clases altas y clases populares, situándose a medio camino entre la más elevada sociabilidad de corte y las tradicionales sociabilidades básicas de parentesco, vecindad, trabajo, religiosidad. Pero de otro lado, la nueva tendencia apuntaba hacia la apertura en muchos aspectos. Entre lo íntimo, lo doméstico y lo público se estableció una nueva correlación⁶. Del entorno privado hasta el ámbito público existía una distancia en la que se desarrolló un nuevo espacio híbrido, semiprivado o semipúblico, donde se situaban las nuevas prácticas de sociabilidad como las tertulias y cafés⁷. El ámbito doméstico, privado, se fue combinando con los establecimientos públicos, como los nuevos cafés⁸. También existían diferencias, como señalaba Cabarrús, entre las tertulias, salones y demás reuniones sociales, donde los temas más serios, los asuntos políticos, podían tratarse, pero de manera informal, y las reuniones institucionalizadas, como las Sociedades Económicas de Amigos del País, donde todo había de ser más formalizado. Cada vez se dio una mayor integración entre hombres y mujeres, llegando las mujeres a ocupar una destacada posición en estas nuevas reuniones sociales. La corte y la nobleza fueron cada vez más imitadas por otras capas de la sociedad, especialmente por la burguesía, y fue creciendo la integración de los diversos grupos sociales.

Aunque la finalidad era relacionarse y, en ese aspecto tenían algo de público, su estilo era la privacidad. Se celebraban en el ámbito doméstico, que es un ámbito privado y relativamente cerrado, al que no se podía acceder libremente, pues los desconocidos debían contar con invitación o al menos con una carta de presentación. Tenían también un claro significado de distinción social, generalmente se reunían en casas de la nobleza o de familias acomodadas y, aunque podían darse en el ambiente rural, en España eran reuniones preferentemente urbanas, a las que asistía una concurrencia seleccionada, parientes, amigos, invitados, generalmente todos pertenecientes a la misma clase social o grupos sociales cercanos, gentes que disponían de mucho tiempo libre y de medios económicos, pues organizar una tertulia o visita era caro. Como no podía asistir cualquiera, se trataba de un ámbito controlado desde el punto de vista social.

Las tertulias constituían un fenómeno muy bien definido y caracterizado, a pesar de que los factores de diversidad eran muchos. Los horarios eran muy

⁶ Mónica BOLUFER PERUGA, «Lo íntimo, lo doméstico y lo público: representaciones sociales y estilos de vida en la España ilustrada» en *Studia Historica*, Historia Moderna, Ediciones Universidad, Salamanca, 1998, vol. 19, págs. 85.116.

⁷ J. HABERMAS, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981.

⁸ Philippe ARIÈS y Georges DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada. Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, Taurus, 1989.

variados, pero la mayoría eran vespertinas. La finalidad era claramente siempre el trato social, pero los motivos eran muy diversos, unos más generales, pasar el rato, ver a los amigos, distraerse después de las ocupaciones cotidianas, otros más definidos y concretos, políticos, culturales. Tenían una función importante en la relación entre hombres y mujeres. La mujer tenía un papel central, como anfitriona, pero la mayoría de los asistentes eran hombres. Aunque en las tertulias solía haber separación de sexos, más o menos estricta, también surgían numerosas oportunidades de encuentro y de trato asiduo y con el paso del tiempo la integración se hizo cada vez mayor.

Los elementos de relación que confluían en una tertulia podían también ser muy diferentes: relaciones familiares, de amistad, de paisanaje, de ocupación, de intereses o inclinaciones. En cada tertulia solía haber un grupo de asistentes fijos. Había contertulios exclusivos, pero en muchos casos los contertulios frecuentaban varias tertulias y salones, pues algunos personajes eran muy reclamados y era un gran honor ser invitado a las reuniones de mayor fama y prestigio. Según las circunstancias podía ampliarse el grupo para incluir algún nuevo invitado. Con frecuencia se incorporaban las visitas y era costumbre invitar a los viajeros de otras partes de España o del extranjero, no sólo por cortesía hacia los viajeros, sino por añadir variedad y aliciente a la tertulia, pues se esperaba que introdujeran un factor de novedad, explicando cosas de sus países de origen y del transcurso de sus viajes.

Las tertulias, con el paso del tiempo, se fueron tiñendo de los nuevos valores de la época, la sensibilidad, la sensualidad, el placer de vivir, la búsqueda de la felicidad. Se puso de moda una manera más abierta y efusiva de relacionarse las personas, especialmente hombres y mujeres, y el éxito social de las tertulias, ampliado por la difusión que alcanzaron. Cadalso advertía el cambio que se había producido: «A las visitas espaciadas y reverencias graves ha sucedido un torbellino de visitas diarias, continuas reverencias, estrechos abrazos y continuas expresiones amistosas»⁹. La revolución sentimental del siglo XVIII llevaba a formas de relación personal mucho más expresivas y afectivas, con grandes manifestaciones de cariño, que contrastaban con el tradicional recato de las mujeres y circunspección de los hombres. Como señalaba un periodista al escribir un artículo costumbrista sobre las visitas «... comenzaron los cumplimientos. Eran estos tan prolijos, especialmente entre las Señoritas con tantos abrazos y cariños...»¹⁰.

⁹ Citado por Fernando Díaz Plaja, *La vida española en el siglo XVIII*, Barcelona, 1946, pág. 132.

¹⁰ *El caxón de sastre catalán*, número quinto, «La poesía en el Estrado y Academia en la visita. Segunda parte», Barcelona, 1761. (Biblioteca de Catalunya).

A medida que avanzaba el siglo, las tertulias se fueron abriendo socialmente, dando cabida a gentes más variadas y pasando de la nobleza a otros grupos de la sociedad, que por emulación trataban de reproducir el estilo de vida nobiliario. Los vínculos que relacionaban a los integrantes de las tertulias eran muchos y muy diferentes, tanto verticales como horizontales. Parece evidente que la apertura marcó decisivamente el estilo de la nueva sociabilidad dieciochesca, tanto en sentido social como cultural. Para Gloria Franco «elemento determinante de los nuevos modelos culturales, que constituye algo radicalmente distinto de los anteriores, es la nueva estructura social de sus actores —aristócratas, intelectuales, funcionarios, militares, clérigos, mujeres— con todas las implicaciones que ello significaría»¹¹.

Aunque la fuerte jerarquización social se mantuvo, la tendencia era hacia un mayor igualitarismo, y en ese sentido fue capital la noción de amistad. Amistad, una palabra en alza a lo largo del siglo de las Luces. Tanto desde la perspectiva social, como desde la perspectiva cultural la amistad era el más firme elemento de cohesión, de la más elevada calidad, una verdadera ética secular¹². De la amistad personal nacía la fraternidad intelectual, de la afinidad cultural surgía la amistad personal. Una amistad que era entendida como un fruto a la vez de la razón y del sentimiento, como una relación fraternal, recíproca e igualitaria, superadora de diferencias. Cadalso en sus *Cartas Marruecas* presentaba la amistad como el único vínculo entre los seres humanos capaz de superar todos los prejuicios. Meléndez Valdés proclamaba que «la República de las letras debe serlo de hermanos; en su extensión inmensa todos pueden enriquecerse, y si sus miembros conocen un día lo que verdaderamente les conviene íntimamente unidos en trabajos y voluntades, adelantarán más en sus nobles empresas y lograrán de todos el aprecio y el influjo que deben darles su instrucción y sus luces». Amistad entre hombres, amistad entre mujeres y amistad entre hombres y mujeres. Para Inés Joyes, la amistad era un buen medio para ampliar los horizontes femeninos más allá de los estrechos límites de la familia. Y la amistad no sólo se alababa y se proclamaba, también se practicaba. Muy amigos fueron Cadalso y Moratín. Muy amigos fueron también los Amigos del País, pues como decía Peñaflores: «Hay que ser amigos entre sí para ser amigos del País»¹³. La palabra amistad figuraría en muchos títulos y en muchas obras,

¹¹ Gloria A. FRANCO RUBIO, «Tradición y modernidad: La construcción de nuevos modelos culturales en la España del siglo XVIII» en *Congreso Internacional «Felipe V y su tiempo»*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2001.

¹² F. SÁNCHEZ-BLANCO, «Una ética secular; la amistad entre los ilustrados» en *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 2, 2ª época del BOCES XVIII, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 1992, págs. 97-116.

como el *Elogio de la amistad*, de Joaquín de Eguía, en 1765, y *Cómo debe ser la amistad del País* de Agustín Ibáñez de Rentería, en 1779.

Las tertulias eran, pues, ámbitos fundamentales de la sociabilidad de la época, expresión pública de los vínculos individuales y colectivos, que manifestaban el entramado de aquella sociedad, los grupos relevantes que existían en ella y la posición que los individuos ocupaban. Patrocinar una tertulia, ser un tertuliano deseado y esperado eran claros signos de éxito social. Quedar al margen de las tertulias eran como hallarse fuera de la sociedad. No tener una tertulia en casa, no participar en alguna de las existentes, no ser invitado a las más significativas era como no ser nadie. Ser excluido, por las razones que fuese, era una manifestación evidente de marginación social, signo claro de haber caído en desgracia en la sociedad que de verdad contaba, la que tenía el poder y la influencia económica, política, cultural. Si interesante es analizar la creación de tertulias, igualmente revelador resulta observar las que se deshacen. Baste un ejemplo bien notable, el de la caída en desgracia de Jovellanos y la deserción que se produjo entre los tertulianos que se reunían habitualmente en su casa. La constatación de quedarse solo, únicamente acompañado de unos pocos amigos, los más fieles y verdaderos, se refleja de forma serena y un tanto desengañada en esta anotación de su diario:

Me han dejado los concurrentes a mi casa, algunos del todo. Aún se conoce que el desvío es meditado en el comisario de Marina, el comandante del tercer batallón (don Narciso Muñiz) y don Miguel de Cifuentes (Prada); su liga y aversión abierta, las demás gentes sin propósito; acaso volverán; nada me importa. Los libros ocuparán la primera parte de la noche; Llanos y el chaquete el resto. Vienen alguna vez el párroco, Bautista, (José Fernández) San Miguel; Peñalba, que está aquí, todas las noches¹⁴.

Hombres y mujeres

Las tertulias cultas eran generalmente sólo de hombres. Jovellanos en su diario recoge muchos ejemplos de las tertulias ilustradas masculinas. El día

¹³ Cécile Mary TROJANI, «Amistad y Amistad del País» en José A. Ferrer Benimeli (Dir.) Esteban Sarasa y Eliseo Serrano (coords.): *El Conde de Aranda y su tiempo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (C.S.I.C.), 2000, vol. I, pág. 691 y ss.

¹⁴ JOVELLANOS, *Diario*, (*Antología*), edición, introducción y notas de José Miguel Caso González, Barcelona, Planeta, 1992, pág. 399.

26 de septiembre de 1791, en Valladolid, anota: «Ahora vamos a la tertulia de hombres. Allí el catedrático de retórica, que aspira a la de poética de San Isidro; parece que Estala tiene la misma ambición. A casa de Ramírez. Allí don Manuel de Agustín, que se dice muy apasionado de Cabarrús y desea noticias. Obejero, canónigo, hermano de los colegiales, mozo; con el intendente, son grandes compinches. Despedida muy fina»¹⁵. En Gijón, el 11 de enero de 1794, otro ejemplo de reunión cultural masculina, dedicada a comentar libros, pero que no excluye el juego: «Por la noche mucha concurrencia. Conversación con Caveda sobre la obra de monsieur de Saint-Pierre y sobre *Las épocas de la naturaleza*, del conde de Buffon. Entra Manuel de la Isla en ella y conoce la última obra. Dos partidas de mediator.»¹⁶ En el seminario de Selayes, en 1797, comparte la tertulia con los profesores: «Cena. Después, conversación con los maestros y con un poeta improvisante; se habló mucho de humanidades y de métodos de estudios. El poeta, padre Andrés Eusebio Usero, natural de Madrid; padre Carlos Villasante, maestro de retórica y poética; Francisco Javier Cid, de sintaxis; padre Sebastián López, de rudimentos; Manuel Cid, de escribir; que oración, rezo y lecciones les roban el tiempo»¹⁷.

Aunque había tertulias de hombres solos, las tertulias eran uno de los ámbitos femeninos por excelencia. Aunque tradicionalmente se ha destacado el papel protagonista de la mujer en la nueva sociabilidad de tertulias y salones, existen interpretaciones muy diversas. Hay autores que defienden el protagonismo femenino, como Von der Heyden-Rynsch, que considera los salones como cimas de la cultura femenina, y como Chartier, para quien las nuevas prácticas de la sociabilidad ilustrada abrieron espacios inéditos a las iniciativas femeninas. En cambio, otros lo limitan, como hace Goodman, cuando presenta los salones de la Ilustración como lugares donde los egos masculinos se encontraron armonizados por el altruismo de las mujeres, que ejercerían un papel arbitral, manteniendo un ambiente agradable y civilizado¹⁸. Las mujeres obtenían de ese papel de anfitrionas una satisfacción social e intelectual, pero no se hacían demasiadas ilusiones, a pesar de ese hermoso papel como intermediarias de las luces, el poder intelectual continuaban teniéndolo los hombres. El progreso de la mujer era innegable, pero limitado.

De todos modos el protagonismo femenino resulta evidente en las reuniones del siglo XVIII. La presencia activa de las mujeres resulta definitoria de la

¹⁵ *Ibid.*, pág. 52.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 157.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 371.

¹⁸ Dena GOODMAN, *The Republic of Letters. A Cultural History of the French Enlightenment*, Londres, Ithaca, 1994.

nueva sociabilidad ilustrada. Si en el plano social de las tertulias las relaciones de carácter horizontal y la diversa extracción social de sus miembros puso al descubierto las contradicciones de la sociedad estamental, la irrupción de las mujeres con voz propia en ese nuevo ámbito obligó a la reconsideración de las tradicionales relaciones de hombres y mujeres y planteó el problema del lugar que las mujeres debían ocupar en la sociedad y en la política.

En España a comienzos de siglo se estilaban entre la nobleza unas tertulias muy conservadoras y formales, con escasa comunicación de hombres y mujeres: las mujeres colocadas en el tradicional estrado y los hombres en un grupo aparte, y con un ceremonial muy estricto que exigía que los hombres hablaran o sirvieran a las damas rodilla en tierra. Aunque la tendencia fue hacia una comunicación cada vez mayor, la costumbre de estar separados hombres y mujeres, al menos una parte del tiempo de la tertulia, en algunos casos se mantuvo durante todo el siglo. Jovellanos explica en su diario un ejemplo muy interesante en que damas y caballeros primero se reúnen por separado y después los caballeros acuden a la tertulia de las damas, para continuar juntos la reunión, conversando, oyendo música, jugando, leyendo el periódico:

A beber en casa de Salazar; hombres solos; se lee la relación de Trongon sobre la conducta del Directorio: prudente y vigorosa y elocuente; se toma el partido de reconciliación. A ver a las señoras: allí, la Narros y la Alameda, sobrina de Salazar: alta, bien hecha, bellísimos ojos, algo parada; tocó admirablemente el fortepiano. Recomiendo a Salazar el Instituto; se muestra apasionado; no lo es de las nuevas empresas de la Comandancia marítima. Despedida de todos. Narros, delgado, estatura regular, encarnado, ojos pequeños y vivos, algo iracundo en ellos, desmentido por su trato amable, ardiente; algo precipitado en su habla, de fogosa imaginación; entusiasta por los franceses. Salazar, estatura regular, flaco descolorido, de apariencia enfermiza, aire reposado, bastante afable, modesto, algo detenido en el hablar, franco al parecer, pues que murmuró sin reserva de los sueños de C. Torres y desperdicios de Lunada. Alameda, lo que en 1768: nada; más afectación, pero sociable y de fina educación. No pude calar a Echaúz: parece vivo; por lo menos estos indican sus ojos; jugaba; habló poco; no asistió a la lectura del *Monitor*, pero los recibe. Vicuña, aire basto, trato harto fino, aficionado a las cosas públicas; parece hombre de constancia y celo. Madama Alameda, vestida con camisa, ceñida bajo el pecho, sin ajustador; en el primer tiempo de su embarazo; con el pelo en la frente; ojos grandes y vivos, aire amable; parece nacida en Grecia¹⁹.

¹⁹ JOVELLANOS, *Diario*, Barcelona, Planeta, 1992, págs. 352-353.

La mujer tenía un claro protagonismo en las tertulias celebradas en un ambiente doméstico. Habitualmente dichas tertulias estaban presididas por la señora de la casa, que ejercía de anfitriona y que creaba, a su imagen y semejanza, el estilo de la reunión. De alguna manera en las tertulias se invertía el orden social tradicional, y hombres y mujeres se intercambiaban, por cortesía, los papeles. La mujer pasaba a primer plano, mientras por un tiempo los hombres adoptaban un papel secundario, hasta cierto punto dependiente y subordinado. Las mujeres eran las protagonistas, especialmente la dueña de la casa, en torno a la cual giraba toda la reunión, y los hombres representaban un papel coral²⁰. Los viajeros extranjeros nos han dejado numerosas descripciones de estas reuniones que dan idea de los rituales establecidos. Un diplomático francés, el Barón de Bourgoing, explicaba, desde su particular punto de vista, el papel de las mujeres en las tertulias que tenían lugar en el Madrid de la segunda mitad del siglo:

Tienen los españoles, además de los bailes particulares y los conciertos, otros puntos de reunión, como son las tertulias y los refrescos. Las tertulias son reuniones muy parecidas a las francesas; quizá reina en las españolas más libertad, pero el fastidio se apodera a menudo de los concurrentes, igual que en las nuestras. Las mujeres, en general, no son amigas de reuniones. Cada una de ellas aspira a ser el centro de una tertulia, y es, sin duda, este exclusivismo el que destierra aún de la sociedad española lo que nosotros llamamos la galantería francesa²¹.

La situación era ambivalente, pues lo común y tradicional, sobre todo en las reuniones más conservadoras y ceremoniosas, era la división por sexos en las tertulias, los hombres con los hombres y las mujeres con las mujeres, pero con el paso del tiempo y la modernización de las costumbres comenzaron a surgir ideas y comportamientos nuevos, que tendían por razones diversas a reunir a los hombres y las mujeres, unificando las tertulias. También en la segunda mitad de la centuria un viajero inglés, Joseph Townsend, destacaba el protagonismo femenino en la gran mayoría de las tertulias, donde en ocasiones una mujer, la anfitriona, se rodeaba de hombres, más o menos admiradores suyos, entre los que ella elegía uno como preferido, el «cortejo», es decir el caballero que se constituía en fiel servidor de una dama y que la acompañaba a todas horas y a todas partes en la mayor intimidad, incluida la tertulia:

²⁰ Verena von der HEYDEN-RYNSCH, *Los salones europeos. Las cimas de una cultura femenina desaparecida*, Barcelona, 1998.

²¹ «Un paseo por España (1777-1795)» en José García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar, vol. III, 1962, págs. 996-997.

La mayoría de las familias, en especial las más importantes, organizan una tertulia o reunión vespertina para jugar a las cartas o conversar [...]. La que más frecuenté fue la organizada por la duquesa de Berwick; a menudo fui a la de la duquesa de Vauguion; a veces, a la de la condesa de Carpio, y más escasamente visité al conde de Campomanes. [...]

Sin ningún deseo de menospreciar a las demás, me arriesgaré a decir que las reuniones que se organizaban en casa de la duquesa de Berwick, que frecuentaban los embajadores, eran las más agradables. Los encantadores modales de la duquesa y su hermana, princesa de Stolberg, y la naturalidad y libertad que todos disfrutábamos hacían que el tiempo transcurriera deliciosamente. [...]

En la del Conde de Carpio [...] él es un hombre culto y sensible, y ella (la condesa) puede animar cualquier reunión con su sola presencia. Aunque dista de ser hermosa, la viveza de su ingenio y la delicadeza de sus modales la hacen muy interesante; y la fragilidad de su constitución y su salud enfermiza aumentan su atractivo [...]

Las señoras, en caso de que haya, son las receptoras de todas las visitas de la familia. Cuando vas a ver a alguna, en vez de llamar a la puerta o preguntar al portero, te diriges directamente al salón en el que recibe habitualmente sus visitas, donde es muy raro no encontrarla, a menos que esté en misa, a cualquier hora de la mañana y la tarde o al principio de la noche; en invierno la ves sentada junto al brasero y rodeada por sus amigos. Éstos son generalmente hombres, pues las damas rara vez hacen visitas de carácter familiar, y entre ellos suele haber uno a quien se denomina el cortejo, aunque no en todas las casas existe esta figura²².

Una de las razones del cambio que se estaba produciendo en las reuniones sociales era la mayor libertad de costumbres, que llevaba a una mayor comunicación entre hombres y mujeres. Según el grado de familiaridad y de intimidad, hombres y mujeres podían hablar de las cuestiones más diversas, las conversaciones podían abarcar desde los temas más superficiales a los más personales y privados. Incluso los intelectuales más señeros aprovechaban la tertulia para estrechar lazos con alguna dama. La relación de Jovellanos con Ramona Villadangos, a la que daba el nombre de «la Majestuosa», puede ser un buen ejemplo. Jovellanos escribía en su diario el 18 de junio de 1795 su encuentro en una tertulia:

A la tertulia a casa de Diguja; larga conversación con la Ramona (Villadangos): me confirma en la idea que siempre tuve de su buen talento y buenos prin-

²² Joseph TOWNSEND, *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*, Madrid, 1988, pág. 210.

cipios; poco satisfecha de la conducta de sus pretendientes: menos de la de P(epe) M(aría) T(ineo); sentida de los chismes e incidentes que alejaron a J(oaquín) M(aría) V(elarde); se dice conforme con su suerte; poco inclinada a un establecimiento; alejada de él por su carácter; no hay remedio: es preciso abrazarle; alabo su desinterés y me duele mucho que no halle una suerte digna de su mérito.

El siguiente día 29 de junio, en otra tertulia, la conversación entre los dos continúa en términos sugerentes:

A la tertulia; diálogo con R(amaona Villadangos): «¿Conque mañana se va usted?... Demasiado cierto es. ¿Puedo servir a usted en algo?... Pero usted no tiene ya intereses en Asturias, ni aún tendré ese gusto... Pues yo siento también que usted se vaya... y no sé por qué. A fe que ahora me es más sensible mi partida.» Antes que la conversación se empeñase: «Vamos a jugar», dijo, y se levantó. Creo conocer su carácter y cuánto vale aquella sencilla expresión, proferida con tanta nobleza como ternura; pero distamos mucho en años y propósitos. Despedida de todos²³.

Un par de años después, en octubre de 1797, volvieron a encontrarse en una reunión, y conversaron, intercambiando confidencias:

En León a las ocho y media: muchas gentes nos esperan; visita del obispo y (Rafael) Daniel (Sánchez), de los Villadangos; conversación interesante con la Majestuosa; allí Colasín Ponte, que la enamora; creo que se casarán, y él será feliz con tal mujer²⁴.

El «cortejo» y otros «vicios»

Las tertulias tenían muchos partidarios, pero también muchos detractores. Los moralistas las censuraban duramente. Un buen ejemplo puede ser la obra de Gabriel Quijano, *Vicios de las tertulias*, publicada en Madrid en 1783. Quijano distinguía entre tres tipos de tertulias, la mayoría, que consideraba pecaminosas, con el agravante de que a ellas concurrían nobles y eclesiásticos, personas todas ellas que debían dar ejemplo a la sociedad, y una minoría, de las que algunas eran inocentes pasatiempos, «aquellas en donde concurren

²³ JOVELLANOS, *Diario*, Barcelona, 1992, págs. 261 y 263.

²⁴ *Ibid.*, pág. 382.

personas temerosas de Dios y en las cuales se trata a todos y con todos con honor, con respeto y veneración, y en donde, si hay alguna libertad, no es libertad que ofenda a las buenas costumbres» y otras eran incluso recomendables por razones culturales: «hay muchas tertulias, a las cuales sólo si concurren varios literatos de mucho juicio, (...) en vez de censura, merecen las mayores alabanzas y se deben promover²⁵.

El cortejo recibía las principales críticas y censuras, pues esta nueva forma de relación más libre entre hombres y mujeres causaba muchos celos y escándalos, atribuyendo a las tertulias culpa principal en la difusión de estas nuevas costumbres en el trato social. Existía en el debate con frecuencia un componente generacional, mientras la gente mayor censuraba, en general, estas libertades, la mayoría de los jóvenes eran fervientes partidarios de las novedades del siglo. Un manual de la época caracterizaba así el famoso «cortejo»:

Es el cortejo un hombre apasionado
brazero de la dama en el paseo,
en sus bailes pareja sempiterna,
en su tertulia, carga de un asiento,
en todos sus caprichos un criado:
acecha sus menores movimientos,
llora si llora, ríe si ríe,
no tiene voluntad ni entendimiento,
sino que con su dama quiere y piensa.
Dócil cual cera es, leal cual perro,
mudo con todas, hablador con ella:
un capricho fundó tal cautiverio,
y dura, y martiriza hasta que cesa
a la presencia de un capricho nuevo²⁶.

Esta nueva costumbre del «cortejo», nacida y alimentada en las tertulias, la explicaba Quijano resumiéndolo en un decálogo muy revelador:

Estas costumbres se introdujeron por cuatro malas cabezas llenas de aire y partidarios del vicio, quienes para lograr mayor libertad e impunidad en el desa-

²⁵ Gabriel QUIJANO, *Vicios de las tertulias y concurrencias del tiempo, excessos, y perjuicios de las conversaciones del día, llamadas por otro nombre Cortejos descubiertos, demostrados y confutados en seis conversaciones entre un eclesiástico y una dama o señora distinguida*, Madrid, Miguel Escribano, 1783. Citado por la edición de Barcelona, Eulalia Piferer, 1785, 8 hs. + 255 pags. Vid Prólogo.

²⁶ *Manual del cortejo e instrucción de cortejantes*, Madrid, Imprenta de Yenes, ed. de 1839, pág.

hogo de sus pasiones, fundaron la nobleza de la costumbre sobre una limpia y diabólica decena de preceptos. El primer precepto es conversar con una dama a solas. II Darse por muy ofendido, si su marido está presente. III Visitarla muy de mañana antes de levantarse de la cama. IV Ayudarla a vestir sin el menor rubor ni empacho. V Proveerla de vestidos y galas, sin el menor interés. VI Ir los dos juntos y solos en el coche cerrado, sin la menor sospecha de mal. VII Hacerla de bracero hasta en la iglesia. VIII Divertirla con festines, bailes, juegos y otros pasatiempos profanos. IX No apartarse de su lado ni de día ni de noche. X No hablar jamás con ella de máximas eternas, ni de otra cualquier cosa perteneciente a la salvación e interés espiritual del alma. Estos son los diez preceptos de la ley caballeresca, que son diez cadenas bien fuertes, con que el diablo arrastra al infierno a las almas de los nobles²⁷.

La condena que el moralista ponía en boca de su personaje, Don Gil, se debía a las relaciones, en su opinión impropias e ilegítimas, de la dama con el caballero que ejercía de cortejo, sobre todo por el daño que tales costumbres podían causar a la familia, tanto al marido como a los hijos, pues los abandonaba para vivir pendiente de unas relaciones deshonestas que atentaban contra los fundamentos del hogar. El nuevo comportamiento de la mujer, que pasaba del tradicional recato a una mayor libertad en público y en privado, chocaba con las normas morales más conservadoras.

Aunque el cortejo acompañaba a la dama todo el día y en todas las ocasiones, algunas especialmente íntimas pues se desarrollaban en privado, la tertulia era uno de los momentos significativos de la relación, pues la pareja mostraba en público su intimidad. El cortejo era consustancial con las tertulias; en casi todas surgía o se desarrollaba alguno. Clavijo en *El Pensador* explicaba la diversidad de trato entre hombres y mujeres, según él distante y frío en la mayoría de los casos y exageradamente íntimo y exclusivo cuando se trataba del «cortejo»:

[Los Cortejos] en las tertulias y visitas tienen puesta la silla de su imperio, y en ellas se manifiesta todo su poder. [...] Creo que no es preciso advertir a Vm. que aquella Dama y aquel Caballero, que, separados de toda la compañía, se han sentado al extremo del estrado, son Cortejos. Apostaré cualquiera cosa que Vm. los había conocido. Ya no hay que hacer caso de aquellas gentes. Darán las doce de la noche, y aun estarán en el mismo sitio. Vm. los verá reír, hacer gestos, y conversar allá en secreto; pero no llegará el caso de oírlos hablar a persona alguna.

²⁷ G. QUIJANO, págs. 18-19.

La Señora Cortejo, que es la ama de la Casa, parece convida a los concurrentes para hacer sus habilidades en público. Por lo demás, Vm. y todos los de la Tertulia podrían estarse aquí toda la semana, sin que esta mi Señora, mientras durase el bloqueo de su Cortejo, les hiciese ni aun aquellas preguntas usuales y corrientes entre las personas pobres de espíritu, como son: qué tiempo hace: cómo están las calles: qué se dice de nuevo, etc.²⁸.

El éxito de las tertulias era un hecho, pero el problema, tanto para los ilustrados como para los moralistas, era tratar de aprovechar la nueva costumbre de manera positiva y constructiva, evitando sus males más comunes, frivolidad, murmuración, y, sobre todo, el «cortejo», para tratar de encauzar la reunión hacia objetivos útiles y educativos. El periodista del *Caxón de Sastre catalán*, ponía en boca de la anfitriona de una tertulia, Doña Fulgencia, una serie de consejos y advertencias en favor de las buenas tertulias y en contra de las malas:

Razón me parece, hijas más, que procuremos entretener este rato, en que logro tan amable compañía, con alguna utilidad del propio entendimiento. Regularmente en nuestras visitas sólo se conversa de modas, de paseos, de galanteos, de criadas, y de otras semejantes frioleras, cuando no pasa el entretenimiento a convertirse en murmuración, pues sin cuidarse de enmendar los defectos propios, se critican sin piedad los ajenos. Veo, que con sobrada razón, huyen los sujetos inteligentes de semejantes Tertulias, pues en ellas no hallan útil recreo, y se exponen a contraer los contagiosos males, que experimenta la juventud ocupada comúnmente en el mal seguro placer de este duende de los Estrados, inquietud de los matrimonios y discordia de las familias, del cortejo quiero decir, a quien jamás se ha encontrado adecuada definición; pues unas veces es inocente diversión, otras interesado pasatiempo; en algunos sujetos es disimulada disolución, en otros manifiesto escándalo; quien lo juzga útil para casamentero, y quien adecuado para ocasionar divorcios. Parece un lisonjero cortesano, que por complacer a todos, muda tantos aspectos, como son los diversos caracteres de los sujetos que trata. Al marido le parece amistad y a su mujer cariño: al padre pretensión y a su hija recreo. En los Estrados se juzga precisión, y se cree devoción en los templos; pero jamás parece lo que es, ni es lo que parece. Los que aman la quietud interior, procuran alejarle de él, y por consiguiente de nuestras Tertulias, donde nace en la conversación más decente, crece alimentado de la graciosa risa, de la vista desmayada, y de los equívocos requiebros; logra toda su robustez en el trato más interiorizado, y fallece

²⁸ CLAVIJO, *El Pensador*, Pensamiento V, pags. 3-8.

las más veces con una celosa furia. Procuremos a lo menos manifestar que no necesitamos tan frívolos asuntos para nuestra diversión, empezando desde aquí a emplear el entendimiento, que no nos escaseó la naturaleza, en recreo y utilidad propia. Tenga esta Tertulia presunciones de Poética Academia...²⁹.

Los vicios de las tertulias eran muchos a ojos de sus censores. Además del cortejo también eran muy criticados los excesos de lujo en las vestimentas y adornos, por el gasto y la superficialidad que suponían. El estricto seguimiento de la moda se consideraba una esclavitud indigna. El periodista del *Caxón de Sastre catalán* ironizaba describiendo la indumentaria de una pareja de petimetres y su falta de interés por nada que no fuera el galanteo. Otro de los grandes vicios que se atribuía a las tertulias era la proliferación del juego de cartas con apuestas de dinero, que ocasionaba grandes pérdidas de fortuna, se prestaba a hacer trampas y con frecuencia degeneraba en disgustos y peleas:

Hubiera continuado a no impedirlo el repentino alboroto, que escuchamos en la sala inmediata. Fue el caso que estando jugando al Mediator una niña de setenta años, con tres mocitos de la misma edad, poco más o menos, se alborotó de tal modo sobre si fue bien o mal pedido el Rey, que no se hubiera sosegado, aunque le volviesen el dinero que perdía. [...] Respingaba con la cólera todas estas facciones, y arrojando los naipes, se levantó, diciendo que eran unos desatentos, y que no respetaban a las Damas. No pudieron sosegarla los viejos a fuerza de Señorías, hasta que acudió Doña Fulgencia y otras amigas, con cuya mediación se apaciguó todo³⁰.

Quijano, para condenar las tertulias, daba también una serie de razones económicas, derivadas del gasto exagerado que muchas gentes hacían para mantener en sus casas tertulias espléndidas, ocasionando así, por un lado, la ruina de sus patrimonios, y por otro, el abandono de la obligada asistencia a los pobres. La tertulia misma le parecía al moralista una sinrazón, criticaba los sacrificios que hacían las señoras por aparecer bien vestidas, peinadas y arregladas y por mantener las formas sin un momento de descuido. Todavía mayores críticas dedicaba, a través de Don Gil, al contenido mismo de las conversaciones, que le parecían vacías y maliciosas. La lista de graves pecados en que, según él, incurrían las damas asistentes a las tertulias era muy larga, comenzando por los pecados capitales, la soberbia derivada de los halagos que se prodigaban en las tertu-

²⁹ *El caxón de sastre catalán*, número cuarto, «La poesía en el Estrado y Academia en la visita. Primera parte», Barcelona, 1761. (Biblioteca de Catalunya).

³⁰ *Ibid.*

lias, la avaricia consustancial con la desenfadada pasión por el juego que se ocultaba tras la mera afición a reunirse, la envidia que se desprendía de las comparaciones de vestidos y modas de todas clases. A juicio de los severos censores, lo menos grave que podía pasar en una tertulia era la pérdida de tiempo.

Talento y mérito

Las luces habían variado la manera de ver la sociedad, de valorarla. Ya no era sólo importante la pertenencia a un determinado estamento o grupo social, no se trataba sólo de costumbres establecidas, para los ilustrados también contaba, incluso era más significativo el mérito personal. El talento natural, el esfuerzo en cultivarlo, los conocimientos adquiridos, la entrega y dedicación al combate en favor de las luces eran cuestiones esenciales. Un aspecto muy interesante de esta nueva valoración es el debate sobre el talento de las mujeres. Porque una cosa era destruir las barreras entre estamentos y otra entre géneros. Eran pocos los que defendían en la época el talento femenino. Durante el siglo XVIII, a pesar del enorme peso de la estructura patriarcal de la familia y de la sociedad, se experimentó en España una considerable mejora en la posición social de la mujer. La preocupación por el bien común llevó a plantearse la situación de las mujeres, pero siempre dentro de los límites de la sociedad tradicional, con el espíritu reformista y con el sentido utilitarista propios del siglo. Feijoo, empeñado en el combate por las luces, consideró necesario defender la causa de la mujer en la sociedad española del setecientos y le dedicó uno de los «Discursos», el 16, del tomo primero del *Teatro Crítico*, reivindicando especialmente su capacidad intelectual:

En grave empeño me pongo. No es ya sólo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: defender a todas las mujeres, viene a ser lo mismo que ofender a casi todos los hombres, pues raro es el que no se interesa por la procedencia de su sexo con desestimación del otro. A tanto se ha extendido la opinión común en vilipendio de las mujeres, que apenas admite en ellas cosa buena. En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones. Pero donde más fuerza hace, es en la limitación de sus entendimientos. Por esta razón, después de defenderlas con alguna brevedad sobre otros capítulos, discurriré más largamente sobre su aptitud para todo género de ciencias y conocimientos sublimes. [...]

Concluyo este discurso, satisfaciendo a un reparo que se podrá formar sobre el asunto; y es que por persuadir al género humano de la igualdad de ambos sexos en las prendas intelectuales, no parece que trae utilidad alguna al público, antes bien le ocasionará algún daño, por cuanto fomenta en las mujeres su presunción y orgullo.

Pudiera ocurrir a este escrúpulo sólo con decir que en cualquiera materia que se ofrezca al discurso, es utilidad bastante conocer la verdad y desviar el error. El recto conocimiento de las cosas por sí mismo es estimable, aun sin respecto a otro fin alguno criado. Las verdades tienen su valor intrínseco; y el caudal o riqueza del entendimiento, no consta de otras monedas.

Unas son más preciosas que otras, pero ninguna inútil. Ni la verdad, que hemos probado, puede por sí inducir vanidad y presunción en las mujeres. Si ellas son verdaderamente en las perfecciones del alma iguales con nosotros, no habrá vicio alguno en que lo conozcan y entiendan así. (...) Luego el conocer las mujeres lo que son, como no lleguen a pensar de sus prendas más de lo que deben, no podrá hacerlas vanagloriosas o presumidas; antes, si se mira bien el desengaño a que se ordena este capítulo, no añade presunción a las mujeres, y se la quita a los hombres.

Pero mucho más pretendo, y es que la máxima que hemos establecido, no sólo no puede ocasionar en lo moral daño alguno, sino que puede traer mucho provecho. Considérese a cuántos hombres la imaginada superioridad de los talentos los hace osados para emprender sobre el otro sexo criminales conquistas. En cualquiera lid la confianza o desconfianza de la fuerza propia hace mucho para ganar o perder la batalla. El hombre en fe de la ventaja de su discurso, propone con valentía; la mujer, juzgándose inferior, escucha con respeto. ¿Quién puede negar aquí una gran disposición para que él venza y ella se rinda?

Sepan, pues, las mujeres que no son en el conocimiento inferiores a los hombres: con eso entrarán confiadamente a rebatir sus sofismas, donde se disfrazan con capa de razón las sinrazones. Si a la mujer la persuaden que el hombre, respecto de ella, es un oráculo, a la más indigna propuesta prestará atento el oído, y reverenciará como verdad infalible la falsedad más notoria. (...) Si la mujer está en el error de que el hombre es de sexo mucho más noble, y que ella por el suyo es un animal imperfecto y de bajo precio, no tendrá por oprobio el rendírsele; y llegándose a esto la lisonja del obsequio reputará por gloria lo que es ignominia. Conozca, pues, la mujer su dignidad, como clamaba San León al hombre. Sepa que no hay ventaja alguna de parte de nuestro sexo; y así que siempre será oprobio y vileza suya conceder al hombre el dominio de su cuerpo, salvo cuando le autorice la santidad del matrimonio³¹.

La mayoría de la gente desconfiaba del intelecto femenino, incluso algunos hombres muy progresistas en otros aspectos. En la España de la época el cambio del papel de la mujer en la sociedad en general y en las reuniones en particular tenía partidarios y detractores. En esta larga polémica, resulta espe-

³¹ Benito Jerónimo FEIJÓO, *Defensa de la mujer*, ed. de Victoria Sau, Barcelona, 1997, págs. 15 y 78-80.

cialmente significativo a fines de siglo el episodio de la entrada de mujeres en la Sociedad matritense. Muy significativas son, por ejemplo, las opiniones de dos grandes ilustrados, como Cabarrús y Jovellanos. Cabarrús, como muchos otros, opinaba que la presencia de las mujeres en reuniones como las de las Sociedades era algo «fuera de orden y aún disparatado». Creía que no se podía «invertir impunemente el orden tan antiguo como el mundo, que siempre y en todas partes las ha excluido de las deliberaciones públicas». Consideraba muy imprudente permitir la presencia femenina en los espacios masculinos: «¡Ah!, sin duda, sólo un enemigo de las mujeres, sólo aquél, no sé si infeliz o desgraciado, que logró ignorar o resistir los halagos pudo exponer la Sociedad a tanto peligro: el sabio es más prudente, se conoce, consulta su corazón y huye del combate porque teme quedar vencido»³². En estas palabras latía tanto el recelo masculino por la influencia de las mujeres como el recelo del político por las consecuencias de la participación femenina en la esfera pública. Y así afirmaba que las mujeres eran conscientes del atractivo que ejercían sobre los hombres y sabían usar la seducción para dominarlos «por medio del afecto y la galantería». Y esto, según Cabarrús, no convenía ni a la gravedad de los socios ni al prestigio de la Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid.

No todos estaban en contra. Otros significados intelectuales de la época se manifestaban a favor de las mujeres. Jovellanos, aunque con cautela, apoyaba la presencia femenina, pues, en su opinión, significaría un bien, tanto para las mujeres mismas, que trabajando por el reformismo social manifestarían sus mejores cualidades, como para los hombres, por el estímulo y la colaboración que las mujeres les aportarían, especialmente «en las materias propias de su sexo. Consideraba importante contar con «el consejo y el auxilio de las mujeres», pero siempre con prudencia. Eligiendo bien a las candidatas todo resultaría correcto: «Siendo pocas, siendo escogidas, no siendo fácil que todas se reúnan en un mismo día ¿qué mal podrían hacer? Pero qué digo ¿quién no ve que nos harían un gran bien?» .Jovellanos creía en el papel «civilizador» de las mujeres. En el *Elogio de Carlos III* escribirá: «... a vosotras toca formar el corazón de los ciudadanos. Inspirad en ellos aquellas tiernas afecciones a que están unidos el bien y la dicha de la humanidad; inspiradles la sensibilidad, esta amable virtud que vosotras recibisteis de la naturaleza, y que el hombre alcanza apenas a fuerza de reflexión y de estudio»³³. Pero en el tema de la Sociedad matritense para Jovellanos el criterio del mérito era fundamental:

³² F. CABARRÚS, «Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión, y las leyes oponen a la felicidad pública» en *Epistolario español*, Madrid, B.A.E., 1952, vol. II, pág. 153.

³³ Gaspar Melchor de JOVELLANOS, *Elogio de Carlos Tercero leído a la Real Sociedad de Madrid (...) en la Junta plena del sábado 8 de noviembre de 1788*, Madrid, 1789.

Yo supongo que no admitiremos un gran número de señoras. Esto conviene y está en nuestra mano. Si queremos que miréis el título como una verdadera distinción no lo vulgaricemos, dispensémosle con parsimonia y sobre todo con justicia. No lo concedamos precisamente al nacimiento, a la riqueza, a la hermosura. Apreciemos en buena hora estas cualidades, pero apreciémoslas cuando estén realzadas por el decoro, por la humanidad, por la beneficencia, por aquellas virtudes civiles y domésticas que hacen el honor de este sexo³⁴.

En medio de la polémica, la mayoría de las mujeres guardaban silencio. Pero hubo algunas que dejaron oír su voz en defensa de su propia causa, como Josefa Amar y Borbón. En 1786 intervino en el debate sobre la admisión de mujeres en las Sociedades Económicas de Amigos del País, con un escrito titulado: *Discurso en defensa del talento de las mujeres y su aptitud para el gobierno y otros cargos en que se emplean los hombres*³⁵. En su obra defendía el talento de las mujeres y rebatía las opiniones de los socios que se oponían a su entrada, pues consideraban peligrosa la presencia femenina en un ámbito masculino. Josefa Amar criticaba, con ironía, la recelosa actitud de Cabarrús y otros como él, que se desprestigiaban ellos mismos al alegar que la asistencia de mujeres en las reuniones pondría en peligro la moral y las buenas costumbres: «¿Es posible que los hombres que allí asisten a tratar del bien común se habían de trocar en un instante en libertinos?» Para ella, en todo caso, las responsabilidades estarían repartidas, pues los peligros temidos dependerían tanto o más de la conducta de los hombres que de las mujeres.

Josefa Amar era partidaria del mérito, tanto en los hombres como en las mujeres. Pero para las mujeres consideraba que todo resultaba más difícil: «Si los ejemplos de mujeres instruidas son poco numerosos es claro que consiste en ser menos las (mujeres) que estudian y menos las ocasiones en que los hombres les permiten probar sus talentos». Era, pues, falso imputar a la naturaleza de las mujeres o a su carácter lo que se debía a la acción de la sociedad, que les negaba el acceso al saber y les impedía demostrar su talento. De todos modos, en su opinión no todas las mujeres estaban en condiciones de aspirar a entrar en la Sociedad matritense, como no todos los hombres lo estaban tampoco. Y en el caso de las mujeres, las posibles candidatas llegaban avaladas por méritos bien probados.

³⁴ O. NEGRÍN FAJARDO (ed.), *Ilustración y educación. La Sociedad Económica Matritense*, Madrid, 1984, pág. 158.

³⁵ Josefa AMAR Y BORBÓN, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, Madrid, Benito Cano, 1790. Edición actual a cargo de María Victoria López-Cordón, Madrid, 1994.

La decisión final la tomó Carlos III y su gobierno en 1787, que abrieron paso a las mujeres de talento para que ingresaran en la Sociedad matritense, como quería Jovellanos, pero limitando su presencia a la Junta de Damas de Honor y Mérito, para evitar la mezcla de hombres y mujeres, como quería Cabarrús. La obra de las mujeres fue importante, aunque hubieron de luchar denodadamente para llevarla adelante, contra los prejuicios de una gran mayoría que sólo veían la presencia femenina como una frivolidad más o menos decorativa.

Aunque a las mujeres se les achacaban en la época frivolidades sin cuento, había muchas tertulias serias donde jugaron un papel decisivo no sólo como anfitrionas, sino también como inspiradoras de ideas y de proyectos. Gran influencia tuvieron los salones de grandes damas como la Condesa de Montijo, la Duquesa de Osuna y la Marquesa de Fuerte Híjar desde la Junta de Damas, que contribuyeron a fomentar la relación de amistad entre las elites y que sirvieron para facilitar la incorporación de las mujeres, de algunas mujeres, a la esfera pública³⁶.

El salón de la Condesa de Montijo, María Francisca de Sales Portocarrero, se reunía en su casa de Madrid, en la calle del Duque de Alba. La concurrencia era numerosa y muy variada: escritores como Meléndez Valdés, los Iriarte, López de Ayala, Forner, académicos como Vargas Ponce, políticos como Jovellanos y Urquijo, hombres de negocios como Cabarrús, y muchos otros nobles y funcionarios, pero dominaban los eclesiásticos, algunos de gran categoría, como el obispo de Cuenca, Antonio Palafox, cuñado de la Condesa, y el obispo de Salamanca, Tavira, también canónigos, como Baltasar Calvo, que lo era de San Isidro, y religiosos como el padre dominico Fray Antonio Guerrero. Aunque el ambiente era familiar, las reuniones eran serias. Los testimonios de los asistentes destacaban la gravedad de la condesa y la autoridad con que presidía a los contertulios. La conversación solía versar sobre temas de filosofía, moral y religión y el propósito era emprender reformas sociales de carácter benéfico en favor de los más necesitados, como llevará a la práctica la anfitriona cuando desde la Junta de Damas de la Sociedad Matritense se ocupe de mejorar la Inclusa, la cárcel de la Galera y las Escuelas Patrióticas. A pesar de la gran obra realizada, la reunión suscitaría los celos del gobierno, que la acusó de «jansenista» y decidió acabar con el grupo desterrando a la Condesa de Montijo fuera de la villa y corte³⁷.

³⁶ P. FERNÁNDEZ QUINTANILLA, *La mujer ilustrada en la España del siglo XVIII*, Madrid, 1981 y «Los salones de las damas ilustradas madrileñas en el siglo XVIII» en *Tiempo de Historia*, 52, 1979. Carmen Iglesias, «La nueva sociabilidad: mujeres nobles y salones literarios y políticos» en C. Iglesias (ed.): *Nobleza y sociedad en la España Moderna*, Oviedo, 1997, págs 179-229.

³⁷ P. DEMERSON, *María Francisca de Sales Portocarrero. Una figura de la Ilustración*, Madrid, 1975.

De signo literario y cultural fue el salón de otra gran dama, María Josefa Pimentel, Condesa de Benavente y Duquesa de Osuna, que tenía dos lugares de reunión, el palacio de la Cuesta de la Vega en Madrid, y la finca de recreo «El Capricho», en las afueras de la capital. La Condesa Duquesa era una gran señora, que tanto se ocupaba de la administración de sus señoríos, como de ampliar su formación cultural. En este grupo dominaban los artistas, literatos (Moratín, Ramón de la Cruz, Iriarte, Clavijo y Fajardo), pintores como Goya, músicos como Boccherini, estrellas del teatro como el actor Maiquez y las actrices María Lavenant y Pepa Figueras, y toreros famosos, pero también acudían políticos como Jovellanos y Urquijo y científicos de paso como Humboldt. La pasión de la anfitriona por el teatro y los conciertos marcó el estilo de las reuniones del salón, donde no faltaba el cortejo entonces tan de moda³⁸.

Similar carácter literario tuvo el salón de la Marquesa de Fuerte Híjar, María Lorenza de los Ríos, también gran aficionada al teatro y cuyo esposo ocupaba el cargo de Delegado General de Teatros. Sin embargo, sus intereses eran más amplios y su compromiso social se manifestó, igualmente desde la Junta de Damas, en la creación en 1803 de las «cocinas económicas», para alimentar a los pobres en los años de crisis. Fue también el signo artístico el que inspiró el brillante y divertido salón de la Duquesa de Alba, donde se reunían miembros de la nobleza, artistas y escritores como Goya, Moratín, Ramón de la Cruz, Iriarte, y toreros y comediantes célebres, creando un nuevo estilo castizo, el majismo.

No todas las tertulias estaban presididas por duquesas y marquesas, había otras donde las protagonistas eran mujeres de rango medio, generalmente esposas de funcionarios y militares, también preocupadas por las nuevas ideas y deseosas de entretener su tiempo libre en un ambiente de amistad. En Madrid fue famosa una tertulia que se reunía en una casa próxima a la calle Arenal, donde se encontraba un pequeño grupo de seis mujeres, esposas de magistrados y de militares, y que «planteaban sus críticas a la sociedad que no permitía fácilmente su salida al ámbito público en condiciones de igualdad, o comentaban el último estreno operístico o hablaban de moda³⁹.

³⁸ Condesa de Yebes, *La Condesa-Duquesa de Benavente. Una vida en unas cartas*, Madrid, 1955.

³⁹ Margarita ORTEGA, «Algunos cambios en las mentalidades de las mujeres madrileñas durante el siglo XVIII» en C. Canterla (ed.), *La mujer en los siglos XVIII y XIX. VII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1994.

La conversación

En las tertulias la comunicación social y cultural tenía un medio privilegiado, la conversación. Un viejo arte que la Ilustración convirtió casi en una ciencia, la ciencia de la comunicación personal, cultural, política, un arte y una ciencia en que conflúan razón y sentimiento. La conversación era el arte de seducir, intelectualmente, sentimentalmente, políticamente. Se trataba de hablar bien, de saber dialogar, para atraer y mantener la atención de la concurrencia, para brillar, influir y convencer. Muchos de los hombres y mujeres más poderosos e influyentes del XVIII lo fueron, en gran medida, porque dominaron el arte de conversar. Al principio del siglo, en 1710, Thomasius, en su *Breve esbozo de la sabiduría*, elegía la conversación como la forma más perfecta de comunicación, útil tanto para el entretenimiento y el galanteo, como para la más elevada discusión moral o política.

Como señala Benedetta Craveri, en su obra sobre la conversación como ideal de vida, la palabra se cultivaba como placer. Una actividad placentera, que sin ser nueva, alcanzó en el siglo de las luces una de sus máximas cimas. Fenómeno general de muchos países, fue especialmente notable en Francia, donde de ser característico del estilo de vida nobiliario se había extendido a toda la sociedad. Madame de Staël escribía:

Me parece que todos estamos de acuerdo en que París es la ciudad del mundo donde el gusto y el espíritu de la conversación se hallan más difundidos.(...) En Francia la necesidad de conversar es común a todas las clases sociales: aquí la palabra no es como en otras partes, sólo un medio para comunicar ideas, sentimientos, cuestiones de negocios, sino un instrumento que la gente ama tocar y que reanima el espíritu, como hace la música entre algunas gentes y los licores fuertes entre otras⁴⁰.

Pero la palabra, que tanto placer podía proporcionar, no era inocente; podía ser también fuente de engaños y era siempre instrumento de poder. Con la Ilustración cambió la finalidad del arte de conversar. Como escribe Craveri, con el triunfo de las luces la naturaleza misma de la reflexión sobre la conversación cambió de signo, ya no atendía sólo a la preocupación estética de una élite de privilegiados, sino que asumía los problemas fundamentales de la nueva cultura. La palabra dejó de ser una simple diversión, para ponerse al servicio de la verdad⁴¹. La conversación como vehículo de las luces es cuestión nuclear de la nueva

⁴⁰ Madame de STAËL, *De l'Allemagne*, vol. I, pág. 101.

⁴¹ Benedetta CRAVERI, *La civiltà della conversazione*, Milán, Adelphi, 2001.

sociabilidad. Tal como indica Jean-Paul Sermain, en el siglo XVIII la conversación era concebida como una actividad del grupo, que debía favorecer el progreso de la razón, ofreciendo un método de búsqueda, abierto y atento a los mejores argumentos, dedicado a asegurar la cohesión social y a reforzar el interés por el bien público⁴². Hablar, hablar bien, pero no en un monólogo, sino a través del diálogo, era la mejor manera, la manera más perfecta de comunicarse, de crear ideas, de expresarlas, de intercambiarlas. Era el modo ideal de elevar el nivel cultural, en definitiva, de cambiar la sociedad. La buena conversación, la interesante e instructiva, era ocasión de disfrute de las gentes cultas y oportunidad de educarse para las gentes menos cultas, como eran los jóvenes. Jovellanos alababa la función social y cultural de las buenas tertulias: «Las conversaciones instructivas y de interés general, no sólo ofrecen un honesto entretenimiento a muchas personas de juicio y probidad en horas que son perdidas para el trabajo, sino que instruyen también a aquella porción de jóvenes que, descuidados en sus familias, reciben su educación fuera de casa, o como se dice vulgarmente, en el mundo⁴³.

En las tertulias y salones los temas de conversación normalmente eran muy variados y dependían de múltiples circunstancias, el estilo de las tertulias, los participantes, los días. Los testimonios de la época suelen citar tanto temas de cultura y de política, como cuestiones habituales en el trato social. También había, al parecer, mucha chismografía, siempre criticada por los moralistas. Y, desde luego, se hablaba de amor y de relaciones galantes, temas condenados todavía con mayor rigor. Algunas reuniones tenían temas principales establecidos de manera permanente, por ejemplo, las tertulias literarias.

Problema especial era la participación de las mujeres en la conversación. Los más progresistas pensaban que era importante incluir a las mujeres en las conversaciones de los hombres, como medio de avanzar hacia una mayor integración social y cultural. Con más o menos reticencias e ironías, algunos autores criticaban la discriminación femenina, reivindicaban la capacidad intelectual de la mujer y defendían su derecho a ocupar un lugar más digno en la sociedad, equiparable al del hombre. En opinión de los más preocupados por la mejora de la posición de la mujer en la sociedad debía fomentarse un mayor trato social, en que no se hicieran grupos separados de hombres y mujeres, sino que unos y otras participaran conjuntamente en la conversación, y que en vez de

⁴² Jean-Paul SERMAIN, «La conversation au XVIII e siècle: un théâtre pour les Lumières?», en Alain Montadon (ed.): *Convivialité et politesse. Du gigot, des mots et autres savoir vivre*, Clermont-Ferrand, Université Blaise Pascal, 1993, fasc. 39, págs. 105-130.

⁴³ Jovellanos, *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España*, 1790. Ed. de Guillermo Carnero, Madrid, Cátedra, 1997, págs. 196-197.

tratar temas superficiales y ligeros se hablara de temas culturales, temas serios y útiles, para mayor beneficio de todos los contertulios y especialmente de las mujeres. Un periódico de la época, *El Pensador Matritense*, planteaba el problema en estos términos:

Por más que yo me siento poco favorable en lo general a vuestro sexo, me ha movido muchas veces a compasión el ver precisada la dueña de la casa a levantarse de la mesa inmediatamente que se dio fin a la comida, o la cena, y hacer gremio separado, como si las mujeres, por razón de su sexo, dejasen de ser racionales, o como si fuese máxima establecida que las mujeres hayan de ser incapaces de asistir a todas las conversaciones. En una sala, por ejemplo, donde se junta un número de hombres y mujeres, si aquellos discurren sobre algún asunto en general, para procurar un pasatiempo común con alguna utilidad, no parecían éstas más ser admitidas al discurso, que el entretenerse, haciendo corro aparte en un rincón separado, contándose unas a otras los precios y elecciones de las telas y guarniciones, o refiriéndose cuáles vestidos les han parecido de bueno o de mal gusto en la Iglesia, o el Teatro.

¡Pues que es ver cómo en una visita particular de solas mujeres, después de los primeros, y más comunes cumplimientos, cada una por su turno hace caer la conversación sobre la bata y el vestido, el aderezo, y las demás zarandajas que las adornan, como si el único negocio de su vida, y todo el interés del público dependiese del corte, o del color de su vestido!

Así como dicen los Teólogos que hay muchos a quienes les cuesta más irse al Infierno, que les costaría emprender el recto camino para salvarse; de la misma manera muchas emplean más ideas, aplicación y memoria para ser necias, que las que serían suficientes para hacerse sabias, útiles y prudentes.

Cuando me pongo a reflexionar sobre esto, me falta poco para pensar que las mujeres no son criaturas racionales, sino otra cierta especie de animales, poco superiores a las monas, que éstas aún son más festivas que ellas, y por fin son animales menos perjudiciales, y de menos gasto, y aun acaso capaces también de adquirir con el tiempo un tolerable discernimiento del paño y de la seda; y yo juzgo les deberían igualmente convenir tales estofas. Pase por imaginación, y sin perjuicio del decoro debido; pues ya se ve, que no puede tener más sentido, que el de una chanza, y que muchas son acreedoras a los mayores elogios. [...]

Si os hallareis en compañía de hombres doctos, y éstos discutiesen sobre Artes y Ciencias, que estén fuera de la esfera de vuestra comprensión, más habéis de ganar todavía oyéndolos, que de todas las sandeces y extravagancias que son asunto de las conversaciones de vuestro sexo; pero si al paso que doctos son políticos, rara vez emprenderán materia en que no debáis ser oyentes, y terciar en la con-

versación a vuestro tiempo. Si hablan de los usos y costumbres de diversos países, de los viajes a las más remotas regiones, del estado del propio país, o de los hombres grandes griegos o romanos; si hacen crítica de los escritores españoles, italianos y franceses, en verso o en prosa; o si discurren sobre la naturaleza y términos de las virtudes y los vicios, es vergonzosa cosa en una señora de distinción no gustar de tales discursos, y no aprovecharse de ellos, y procurar, leyendo y preguntando, tener también su parte en semejantes diálogos; antes que separarse a un lado a consultar con la amiga más inmediata sobre el nuevo surtido de abanicos que vino de fuera del reino.

También es bastante digno de admiración que apenas entre mil señoras de alta esfera haya algunas a quienes hayan enseñado a leer y entender con perfección su lengua patricia, y a quienes han dado las instrucciones que basten para formar juicio de los más fáciles libros escritos en su propio idioma: ¿Cómo habrá paciencia para oírles leer en alta voz una comedia o una novela cuando es preciso que cualquier palabra, fuera de la vulgar locución, les sirva de un notable embarazo? ¿Pero qué milagro será esto, si desde la niñez abandonaron de tal suerte su instrucción, que ni aun a deletrear las enseñaron, y después se imposibilitan de aprender en toda su vida otra cosa que inútiles bagatelas? Por esto os aconsejo leáis en alta voz alguna cosa todos los días delante de vuestro marido, si lo permite; o si no, delante de otro cualquier amigo que sea capaz de corregiros; pero no delante de otra mujer, que no pueda conocer los defectos, y que dejándoos con los vuestros os enseñe los suyos. Y en cuanto a la ortografía, leyendo con reflexión, or iréis imponiendo en ella lo suficiente.

Estoy muy bien con que las mujeres, que comúnmente se distinguen con el rumboso título de Literatas, hayan perdido todo el crédito de tales por su importuna locuacidad o bachillería; y mucho más por la satisfacción que adquieren de sí mismas a poco que les parezca sobresalir entre las otras; pero para este achaque es el más útil y fácil remedio reflexionaréis alguna vez, que por mucho trabajo que hayáis podido emplear, en línea de literatura, jamás llegaréis a saber tanto que merezca desvaneceros. La lectura a que yo intento conducirlos sólo podrá mejorar vuestro talento, y éste también logrará enmendarse por medio de la prudencia y discreción en todo⁴⁴.

Pero las perspectivas eran variadas. Para algunos, el que hombres y mujeres compartieran conversaciones cultas tenía un alto coste. No eran las mujeres las que se elevaban al nivel de los hombres, sino los hombres los que tenían

⁴⁴ *El Pensador Madrilense. Discursos críticos sobre todos los asuntos que comprehende la sociedad civil*, Madrid, 1762-1767. Reed. Barcelona, vol. III, págs. 40 y ss.

que rebajarse al nivel de las mujeres. José Cadalso ironizaba sobre el comportamiento de «los filósofos a la violeta» en las tertulias, para captar la atención de las frívolas señoras:

Si en el concurso viereis algunas damas atentas a lo que decís, lo que no es del todo imposible, como no haya por allí algún papagayo con quien hablar, algún perrito a quien besar, algún mico con quien jugar, o algún petimetre con quien charlar, ablandad vuestra erudición, dulcificad vuestro estilo, modulad vuestra voz, componed vuestro semblante y dejaos caer con gracia sobre las filósofas que ha habido en otras edades. [...] Notad que entre las filósofas la secta mayor fue la de las pitagóricas, porque sin duda (diréis con gracejo, haciéndoos aire con algún abanico si es verano, y calentándoos la espalda a la chimenea si es invierno, o dando cuerda a vuestro reloj, que habréis puesto con el de alguna dama de la concurrencia o componiéndoos algún bucle que se os habrá desordenado o mirando las luces de los brillantes de alguna piocha, o tomando un polvo con pausa y profundidad en la caja de alguna señora, o mirándoos a un espejo en postura de empezar el amable), sin duda diréis, haciendo alguna cosa de éstas, o todas juntas, porque el sistema de Pitágoras trae la metempsícosis, trasmigración o vaya en castellano una vez, sin que sirva de ejemplar para en adelante, el paso de un alma por varios cuerpos y esta mudanza debe ser favorita del bello sexo. Veréis como todas se sonríen, y dicen: ¡Qué gracioso! ¡qué chusco! unas dándoos con sus abanicos en el hombro, otras hablando a otras al oído, con buen agüero para vosotros, y todas muy satisfechas de vuestra erudición⁴⁵.

El problema se abordaba también desde la mentalidad tradicional, y en vez de culpar a los hombres por no integrar a las mujeres en sus conversaciones, para ayudarlas a mejorar su educación, había quien culpaba a las mujeres por arrastrar a los hombres a sus conversaciones frívolas e insustanciales, carentes de todo interés e inclinadas al chismorreó. José Clavijo y Fajardo en *El Pensador*, desde la preocupación reformista y moralizante de los ilustrados, aún reconociendo la influencia de la mujer sobre el hombre, ironizaba sobre el tema de la conversación en las tertulias, muchas veces vacías y superficiales:

Una de las mayores o quizá la mayor ventaja, que nos resulta de vivir en sociedad, es la facilidad de comunicarnos recíprocamente nuestras ideas, que por este medio se entienden y propagan de unos en otros individuos, creciendo y acriso-

⁴⁵ José CADALSO, *Los eruditos a la violeta*, ed. de Barcelona, Eulalia Pifarré, 1782, págs. 30-31.

lándose con la observación y la controversia. Este es el tesoro público de las Naciones. (...)

Pero si en lugar de llevar luces a la masa común, llevamos tinieblas, es preciso que padezca la instrucción pública, y que, lejos de formar una sociedad de hombres que se amen, y ayuden, se hagan juntas de fieras carniceras, que se despedacen. Y este es nuestro caso.

El hombre ha recibido el don de la palabra, y no quiere tenerlo sin ejercicio contra su instituto. En efecto, las mujeres hablan, y los hombres gustan de hablarlas. Hasta aquí nada hay de malo. Las mujeres no tienen instrucción, y por consiguiente no pueden los hombres por este camino hacerles su corte. Desde aquí empieza ya el daño. Para las mujeres es hombre inútil el que no escudriña cuanto pasa en las casas, y en lo más interior de las familias; y los hombres, que por lo regular ponen toda su felicidad en agradarlas, se entregan con todo su corazón a adquirir estas noticias. Y ve aquí un mal consumado, un gusto depravado, que influye sobre la instrucción y costumbres de toda la Nación.

Sí Señoras: con Vms. hablo. Las mujeres son las que ordinariamente pulen los estados, amando la verdadera discreción, o los corrompen con su mal gusto; y el bueno, según lo que he notado, parece que no ha pisado aún la raya de nuestra península (...).

En parte tienen alguna disculpa los hombres. Ellos desean agradar a Vms. y se visten de sus colores. Si Vms. tuviesen instrucción, si en sus conversaciones hubiese delicadeza y en ellas se tratasen materias dignas de unos entes, nacidos para la sociedad, y dotados de alma racional, los hombres serían discretos e instruidos, y las conversaciones serían unas Escuelas del buen gusto, donde se tratarían materias útiles y agradables. Pero bien mirado, y según el actual sistema: ¿Qué adelantará un hombre en afanar por el día sobre los Libros, si a la noche se ha de ver precisado a hablar del peinado de nueva moda, de abanicos y de encajes, y ojalá que pare en esto?

Los hombres han sido siempre lo que Vms han querido que sean⁴⁶.

El resultado de esta supuesta influencia femenina negativa era que la conversación de la tertulia no sólo era frívola sino inmoral: en lugar de hablar bien de cosas importantes se hablaba mal de menudencias y naderías, se criticaba y calumniaba simplemente para pasar el rato y tapar el vacío de cultura y de humanidad. Clavijo en *El Pensador* censuraba como uno de los principales vicios de la sociedad de la época la maledicencia, que tenía uno de sus escenarios privilegiados en las populares tertulias⁴⁷.

⁴⁶ CLAVIJO, *El Pensador*, 1762-1767, Pensamiento XIII, págs. 9-15.

⁴⁷ S. de la NUEZ, «La moral y la sátira en *El Pensador*» en *Estudios de Historia Social*, n° 52-53, 1990.

Los temas serios, según Clavijo, eran rápidamente desechados y apartados, por considerarlos pesados y aburridos. Las mujeres no querían quedar calladas, fuera de la conversación por no tener nada que decir. No querían quedar subordinadas al protagonismo masculino. No les interesaban aquellos temas en que no podían ser protagonistas ni siquiera podían participar. No querían «ascender» al nivel culto de la conversación de los hombres, querían que los hombres «descendieran» al nivel femenino. Ya no era sólo que hubiera tertulias de hombres y tertulias de mujeres o que en las tertulias los hombres y las mujeres formaran grupos aparte, es que se consideraba que había temas de hombres y temas de mujeres y se pensaba, al menos algunas mujeres lo pensaban, que las tertulias mixtas debían ser ámbitos de dominio femenino. Las mujeres, decía Clavijo, preferían las lisonjas. Es decir, las mujeres reivindicaban la tertulia como un espacio femenino, querían ser el centro de la tertulia y tener un papel dominante, de manera que los hombres tuvieran que rendirles una especie de vasallaje.

El problema no era sólo el trato entre hombres y mujeres, la cuestión de fondo, desde el punto de vista de los ilustrados, partidarios de la razón y de las luces, preocupados por la educación y la cultura, era el tema mismo de las conversaciones; no se trataba sólo de hablar por hablar, aun aceptando que la comunicación era positiva, sino que era importante, tanto por razones culturales como por razones morales, de qué se hablaba. Para los ilustrados y los moralistas había que hablar de temas interesantes y útiles, desterrando de la conversación todos los comentarios frívolos y malintencionados. Era necesario que las mujeres recibieran instrucción para poder elevar el nivel de las conversaciones. Había que aprovechar la tertulia para difundir las luces.

Tertulias y luces

Las tertulias desempeñaron un papel esencial en el desarrollo y difusión de las Luces. Si fueron elementos importantes en el proceso de cambio social también lo fueron en el cultural. Constituyeron un escenario privilegiado de la república de las letras en el siglo XVIII⁴⁸. Jovellanos, en su *Memoria sobre los espectáculos y diversiones públicas*, manifiesta muy bien la doble vertiente social y cultural de las tertulias y su utilidad en el arraigo y extensión de las ideas ilustradas. La sociabilidad para favorecer el intercambio cultural, la cultura para poten-

⁴⁸ J. Álvarez BARRIENTOS; F. LÓPEZ; e I. URZAINQUI, *La República de las Letras en la España del siglo XVIII*, Madrid, C.S.I.C., 1995.

ciar la relación social. De estas nuevas relaciones interpersonales surgieron nuevos valores sociales como la reciprocidad y el intercambio para el progreso del conocimiento y el perfeccionamiento social, y de esta manera los hombres y mujeres de la Ilustración crearon nuevos núcleos sociales, como las tertulias, que acabarían por plantear un reto a la sociedad establecida y a las normas que la regían⁴⁹.

El fenómeno de las tertulias era complejo. No todas eran iguales ni significaban lo mismo. Mientras unas se decantaban preferentemente hacia las relaciones sociales, otras, en cambio, tenían una clara inclinación cultural, erudita, literaria o científica. Como Sánchez-Blanco ha escrito, las tertulias son «una forma de comunicación privada y espontánea que se desarrolla enormemente en este siglo, ofrece una alternativa auténtica a la Universidad, cuyos títulos no gozan de ningún prestigio, e incluso a las academias oficiales, sometidas a más protocolo y marcadas todavía por la aristocracia. A pesar de carecer de cimientos económicos y de reglamento fijo, las tertulias dan señales de gran vitalidad y funcionan a todos los niveles y en todos los campos de la curiosidad erudita»⁵⁰.

De las tertulias nacieron con frecuencia importantes focos ilustrados; a través de ellas se tejió en gran parte esa gran trama de complicidad universal que unía a los hombres de la ilustración y los empujaba solidariamente al gran combate a favor de las luces⁵¹. El papel cultural de algunas tertulias llegó a ser muy relevante y de algunas reuniones de amigos surgieron grandes instituciones oficiales bajo la protección real. La Academia Española nació en la tertulia amistosa de eruditos que Don Juan Manuel Fernández Pacheco y Zúñiga, marqués de Villena y duque de Escalona, reunía en los primeros años del siglo en su palacio madrileño de la plaza de las Descalzas. La Academia de la Historia surgió en la tertulia particular de la casa del abogado madrileño Julián de Hermsilla, que funcionaba en los años treinta y que en 1736 se trasladó a los locales de la Biblioteca Real por influencia de uno de los contertulios, Blas de Nasarre, bibliotecario mayor del rey. Además de las academias con sede en Madrid, existían otras en provincias. La Academia de Buenas Letras de Barcelona tuvo sus orígenes en la «Academia de los Desconfiados», que se reunía en la capital catalana a principios de siglo, y en la tertulia amistosa convocada en 1729 por el conde de Perelada con fines culturales. La Academia de Buenas Letras de Sevilla comenzó como tertulia privada en el domicilio del pres-

⁴⁹ D. GOODMAN, «Sociabilidad» en V. Ferrone y D. Roche (eds.): *Diccionario Histórico de la Ilustración*, Madrid, Taurus, 1998.

⁵⁰ F. SÁNCHEZ-BLANCO, *La Ilustración en España*, Madrid, Akal, 1997.

⁵¹ M. VOVELLE, «El hombre ilustrado» en M. Vovelle y otros: *El hombre de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1995.

bítero sevillano, Luis Germán y Ribón, académico honorario de la Real Academia de la Historia de Madrid, que quería crear una Academia en la capital andaluza, como así se realizó en 1751. El mismo proceso siguieron algunas tertulias de orientación científica, como la «Regia Sociedad de Medicina y demás ciencias de Sevilla», nacida en 1700 de la tertulia que reunía en su domicilio sevillano el médico Juan Muñoz y Peralta, o la «Academia Médica Matritense», fundada en 1733, que tuvo su cuna en la tertulia que celebraba en su casa particular de la calle de la Montera el farmacéutico José Ortega Hernández⁵².

En el diario de Jovellanos se puede seguir, tertulia a tertulia, cómo nace el proyecto de crear una Academia, la Academia de Buenas Letras Asturianas:

Miércoles, 5 de octubre de 1796: «Llegamos con la noche; alojamos en la casa de Peñalba. Vienen la Ignacia Queipo, la Miramontes, la viuda, el ciego Merás. Conversación literaria con él; habla y piensa bien.»

Jueves, 6: «Por la noche juegos de manos y baile. Conversación con el ciego: ofrece unas nuevas pastorales; se lleva la nueva edición de Meléndez.»

Lunes, 10: «Baile. Propuesta a Merás de la Academia de Buenas Letras Asturianas; apruébala y se ofrece a concurrir a ella.»⁵³.

El proyecto no llegó entonces a cuajar y años después Jovellanos lo volvía a replantear, el 20 de noviembre de 1800 explicaba en su diario:

Comieron en casa don Juan Lespardat y don Juan Nepomuceno San Miguel, y de sobremesa les propuse la idea de que nos juntásemos a conversación los jueves, de siete a nueve de la noche, para tener algunas conferencias literarias; algo les dije acerca de la idea que yo tengo de mucho tiempo, de formar una *Academia* que empezando: primero, por formar un *diccionario del dialecto de Asturias*; segundo, otro de la *geografía*, pudiese pasar a cultivar sus *antigüedades históricas*, y al fin su *historia natural y económica*, pero les indiqué que, por ahora, nuestra asociación no debía tener ningún objeto determinado, hasta tanto que nuestras conferencias fuesen cayendo en él y arreglándole. Aceptaron y aplaudieron la proposición, y acordamos que se convidase también para venir a estas conferencias al doctor don Manuel Rodríguez, y que asistiese también a ellas don Julián San Miguel. Me propusieron también a don Francisco Tineo, pero me pareció temprano para buscar más aso-

⁵² FRANCISCO AGUILAR PIÑAL, «Las Academias» en *Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal*, Tomo XXIX, vol. II, *La época de los primeros Borbones. La cultura española entre el barroco y la ilustración (1680-1759)*, Madrid, 1985, ps. 149-193.

⁵³ *Diario*, (*Antología*), edición, introducción y notas de José Miguel Caso González, Barcelona, Planeta, 1992, págs. 308-309.

ciados, aunque si esto se formaliza, será de los primeros, porque es mozo de juicio, de instrucción y muy deseoso de saber⁵⁴.

Si algunas tertulias se institucionalizaron, otras se mantuvieron en la esfera privada, pero gozaron también de prestigio cultural, como la academia literaria valenciana que se reunía en casa del pavorde Vicente Albiñana a comienzos del siglo, o la famosa «Academia del Buen Gusto», que por los años 1749 y 1751 se reunía en Madrid en el palacio de la calle del Turco de la condesa viuda de Lemos, luego marquesa de Sarria, academia que alcanzó una gran influencia en el ámbito de las letras, o como los salones del famoso ilustrado Juan Pablo de Olavide en sus diversos lugares de residencia, Madrid, Sevilla, La Carolina, presididos por él, por su esposa y por su hermanastra Gracia, reuniones que contaban con la asistencia de personajes de gran relieve, escritores, magistrados, eruditos, convirtiéndose en un importante foco intelectual de difusión de las luces en todos los órdenes, literarios, políticos, sociales⁵⁵.

Un caso especial lo constituyen las reuniones de amigos de las que surgió la Sociedad Vascongada de Amigos del País, de tan grandes consecuencias en el reformismo ilustrado vasco y español. La Sociedad Vascongada tuvo su origen en la tertulia de los llamados «caballeritos de Azcoitia», donde se reunían nobles, clérigos, funcionarios y otras personas cultas, para hablar de literatura, arte, historia, ciencias y comentar también cuestiones de actualidad económica, social y política. Estas reuniones informales fueron reglamentadas en 1748 y después articuladas con las de Azpeitia, bajo la dirección de Xavier María de Munibe, conde de Peñaforida. La Sociedad Vascongada se fundó oficialmente en 1764, pero el grupo de amigos llevaba ya años trabajando en favor del país y de la cultura.

En las tertulias serias la cultura era la finalidad principal. Clavijo en *El Pensador* alababa las buenas tertulias como focos de ilustración:

Tuve algún tiempo en mucha estimación estas Juntas o Academias vespertinas que llaman tertulias [...]. Las consideraba como una escuela de que se podía sacar mucho provecho porque, según había oído decir, se formaban de hombres de letras de todas clases, teólogos, juristas, filósofos, poetas críticos, que por medio de una amistosa conversación se comunicaban mutuamente todas las noches las varias especies que habían adquirido con el estudio del día. [...] Los tertulianos no eran muchos, pero tan escogidos que abrazaban juntos todos los ramos de las letras. Nos juntábamos siempre a una hora señalada; empezaba la conversación

⁵⁴ *Ibid.*, págs. 401-402.

⁵⁵ Juan Luis ALBORC, *Historia de la Literatura Española, Siglo XVIII*, Madrid, Gredos, 1972, págs. 22-46.

por hablar de libros recién publicados. Se hacía la crítica con gran moderación: todos los jueces eran inteligentes. [...] Se hablaba de comedias, bellas artes, comercio, política, derecho público, matemáticas. Nunca hablaban dos tertuliantes a la vez ni a ninguno se le permitía el hacer degenerar en disputa la conversación⁵⁶.

Pero Clavijo confesaba haberse decepcionado de las tertulias, pues para unas pocas que eran buenas, muchas eran malas⁵⁷. Sobraba con frecuencia, en su opinión, vanidad, intolerancia, dogmatismo, falsa erudición, respeto. Falta educación y verdadera cultura. Cadalso ridiculizaba en *Los Eruditos a la Violeta* la instrumentalización de las letras y las ciencias en aras de las modas sociales, y afirmaba irónicamente: «Las Ciencias no han de servir más que para lucir en los estrados, paseos, luneta de las comedias, tertulias, antesalas de poderosos, y cafés, y para ensoberbecernos, llenarnos de orgullo, hacernos intratables e infundirnos un sumo desprecio para con todos los que no nos admiren»⁵⁸.

En las tertulias lo social y lo cultural eran dos vertientes de una misma realidad. En ocasiones lo social llevaba a lo cultural, pero también de lo cultural derivaba lo social, con mayor o menor sinceridad e interés por parte de cada uno de los integrantes. *El caxón de sastre catalan*, un periódico publicado en Barcelona en los años sesenta, dedicó algunos artículos a comentar las «visitas» y «estrados», nombres que recibían las tertulias de la época, ironizando sobre las visitas «con visos de Academia», en alusión a las pretensiones literarias de algunas de estas reuniones, que trataban de emular a las Academias ilustradas, cuando, en realidad, la mayoría de los asistentes no acudía precisamente por la poesía, sino por galanteos y cortejos, los hombres para encontrarse con las mujeres y las mujeres con los hombres.

Además de las tertulias culturales existían otras de marcado carácter político. Famosas fueron las de Campomanes, Olavide o Cabarrús. Estas tertulias oscilaban entre reuniones sociales y grupos de presión, eran excelentes oportunidades de expresión y difusión de ideas, proyectos y programas reformistas, de creación y cohesión de élites sociales y políticas, medios para forjar y mantener las redes clientelares, de carácter económico, social, político, universitario, profesional, cultural o artístico⁵⁹. Una forma de ganar adeptos para los jefes de filas y un modo de ganar oportunidades, escalar posiciones y obtener beneficios para los pretendientes a la promoción. Estas nuevas formas de sociabili-

⁵⁶ JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, *El Pensador*, 1762-1767.

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ JOSÉ CADALSO, *Los eruditos a la violeta*, Barcelona, Eulalia Pifarré, 1782, pág. 7.

⁵⁹ J. ÁLVAREZ DE BARRIENTOS, «El hombre de letras español en el siglo XVIII» en *Carlos III y la Ilustración. Educación y Pensamiento*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1989.

dad se desarrollaron estrechamente vinculadas a las estrategias de poder⁶⁰. Y como consecuencia funcionaron como un importante vehículo de movilidad horizontal y vertical⁶¹. Ambiciones políticas tuvieron muchas tertulias, pero no todas eran serias y responsables. Otras tertulias se empeñaban en arreglar el mundo con medios muy precarios. Clavijo en *El Pensador* criticaba las tertulias de profesionales o aficionados a la política, que sin información ni criterio, pero con mucho atrevimiento, discutían problemas de actualidad y proponían soluciones más o menos pintorescas⁶².

Muy importante fue también el papel que las tertulias y reuniones similares jugaron en la génesis y difusión de la opinión pública. Actuaron como catalizador de la sensibilización política de amplias capas de la sociedad española⁶³. Bajo cualquiera de sus tipologías —aristocrática, erudita, literaria, femenina, frailuna— la tertulia propició el surgimiento y transmisión de nuevas ideas, alentó las discusiones y debates, potenció la crítica y oposición al gobierno y al sistema establecido. Muchas de las sátiras e intrigas nacían al calor de estas reuniones sociales con vocación política⁶⁴. En las tertulias se comentaban los acontecimientos, se manifestaban opiniones con la libertad que daba la confianza entre los reunidos, se planteaban soluciones nuevas. No era fácil para estos foros pasar a la acción, pero sí era notable su influencia. Los gobiernos reformistas cuando les convenía utilizaron estos grupos, pero cuando les molestaban se volvían contra ellos, como sucedió en múltiples ocasiones.

Ocio y diversión

La mayoría de las tertulias, más que una finalidad cultural o política, tenían simplemente como objetivo el trato social y la distracción. Además de conversar, en ellas se organizaban muchas otras actividades y entretenimientos, lecturas y comentarios de libros, cartas, periódicos, juegos de todas clases, desde los naipes al ajedrez, recitado de poemas, música, canto, baile, teatro, bordar, dibujar, aspirar rapé, según los gustos de anfitriones y asistentes.

⁶⁰ G.A. FRANCO RUBIO, «Formas de sociabilidad y estrategias de poder en la España del siglo XVIII en E. Martínez Ruiz (coord.): *Poder y mentalidad en España e Iberoamérica*, Madrid, Actas, 2000.

⁶¹ H. ERICH BODEKER, «Academias» en V. Ferrone y D. Roche (eds.): *Diccionario Histórico de la Ilustración...* D. Roche: *Le siècle des lumières en province: académies et académiciens provinciaux, 1680-1789*, 2 vols. París, 1978. Para el caso español vid, por ejemplo, E. Velasco Moreno: *La Real Academia de la Historia (1733-1792): una institución de sociabilidad*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2000.

⁶² CLAVIJO, *El Pensador*, 1762-1767.

⁶³ V. PALACIO ATARD, *Los españoles de la Ilustración*, Madrid, Guadarrama, 1964.

⁶⁴ T. EGIDO, *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759)*, Valladolid, 1971.

Existían numerosos juegos de sociedad y se escribían obritas explicando los juegos y las maneras de jugarlos. En uno de estos manuales, uno español, adaptado del francés, los juegos, según sus características, se agrupaban en juegos de acción, para jugar en el jardín o en el interior de la casa, como la gallina ciega, juegos preparados, como la sortija, juegos de prendas, como la lotería del amor, juegos de chasco, como el huevo escondido, juegos de memoria, como el alfabeto, juegos de palabras, como las charadas, juegos aritméticos, como el pozo, juegos físicos como adivinar el número que se ha pensado, juegos para niños, como el caballito, juegos de manos con naipes, como el as detenido. Se incluían también las «penitencias» que habían de cumplir los perdedores. Como la conversación, los juegos no sólo servían de entretenimiento, sino que podían tener también una finalidad cultural. El traductor del manual alababa la utilidad de la colección de juegos, «ya en el campo, y ya en el seno de los hogares domésticos, procurando una variedad de juegos que no se limitan únicamente a una mera distracción, sino que algunos de ellos (...) ejercitan la memoria, animan la elocución, precisan a saber una multitud de cosas relativas a la mitología, literatura, historia, ciencias naturales, etc.⁶⁵.

Muchas veces, sobre todo cuando la tertulia era importante y concurrida, se formaban diversos grupos dentro del grupo general y se creaban diversos ambientes, unos más íntimos, otros más abiertos, que podían dedicarse a actividades diferentes. Cadalso describe una pequeña reunión, en que cada uno de los presentes parece dedicarse a algo distinto: «Una señorita se iba a poner al clave; dos señoritos de poca edad leían con mucho misterio un papel en el balcón; otra dama estaba haciendo una escarapela; un joven estaba vuelto de espaldas a la chimenea, un viejo empezaba a roncar sentado en un sillón a la lumbre, un abate miraba al jardín y al mismo tiempo leía algo en un libro negro y dorado y otras gentes hablaban⁶⁶.

Otro buen ejemplo pueden ser los recuerdos de Townsend sobre las tertulias que frecuentó durante su estancia en Madrid a fines del reinado de Carlos III:

La mayoría de las familias, en especial las más importantes, organizan una tertulia o reunión vespertina para jugar a las cartas o conversar, después de la cual las personas que disfrutaban de una relación más íntima se quedan a cenar. En estas reuniones todos los días encuentras las mismas caras. La que más frecuenté fue la organizada por la duquesa de Berwick; a menudo fui a la de la duquesa de Vauquion; a veces, a la de la condesa de Carpio, y más escasamente visité al conde

⁶⁵ Mariano REMENTERÍA Y FICA, *Manual completo de juegos de sociedad o tertulia, y de prendas*, Madrid, Imp. Norberto Llorenç, 2ª ed. 1839.

⁶⁶ Citado por Fernando Díaz Plaja, *La vida española en el siglo XVIII*, Barcelona, 1946, págs. 132-133.

Campomanes. El deseo de conocer más detalladamente la sociedad me llevaba a visitar de cuando en cuando otras tertulias; pero como la única persona conocida que encontraba en ellas era la dueña de la casa, me aburría en seguida y rara vez hallaba motivos para prolongar mi visita.

[...] Las reuniones que se organizaban en casa de la duquesa de Berwick, que frecuentaban los embajadores, eran las más agradables [...] La duquesa y tres de sus amigos ocupaban una mesa de *whist*, algunos se retiraban a conversar, otros escuchaban el piano, y la princesa se entretenía casi todas las tardes durante un rato dibujando bajo la dirección del embajador prusiano, cuyo buen gusto y destreza le convierten en uno de los mejores dibujantes. Por mi parte, solía tomar el lápiz y así aprovechaba estas lecciones. A las once nos sentábamos a disfrutar de una refinada cena, y hacia la una de la madrugada me retiraba [...]. El duque generalmente llegaba a casa a cenar, pero en seguida se acostaba.

Franceses eran la mayor parte de los que se reunían en casa de la duquesa de Vauguion, donde se jugaba a las cartas, al *tric-trac* y al ajedrez, y una cena daba fin a la reunión.

En la del conde de Carpio, todos, a excepción de un italiano, eran españoles, y la diversión habitual, un juego de cartas. Cerraba allí la velada una cena ligera. El conde llegaba antes de las diez, y cuando no iba al teatro pasaba la tarde con su familia. Él es un hombre culto y sensible, y ella puede animar cualquier reunión con su sola presencia. [...]

El Conde de Campomanes no organiza cenas, y apenas se juega a las cartas en su casa. El tiempo pasa agradablemente con su conversación, que hace innecesaria cualquier otra clase de diversión. El grupo de amigos procede principalmente de Asturias, su tierra natal.

Además de estas sosegadas tertulias, durante todo el invierno las duquesas de Berwick y Vauguion organizaban bailes una vez a la semana, y las Condesas de Cogolludo y Peñafiel ofrecen conciertos y bailes, acompañados de espléndidos bufetes de helados, tartas y jaleas. Después de los bailes todos se retiran a cenar con su grupo⁶⁷.

Jovellanos nos ha dejado en su diario el recuerdo de numerosas tertulias en su casa y en casa de sus amigos. En junio de 1792 anota una animada tertulia en Villafranca del Bierzo, con canto, baile y recitado de poemas: «Refresco en casa de la viuda; concurrencia de señoras; cantaron la Soma y la Radillo, moza, con Tineo. Bailaron; hubo bombas de los improvisantes Coronel y Abúnza,

⁶⁷ Joseph TOWNSEND, *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*, Madrid, 1988, págs. 209-210.

deucaliones de la poesía del Bierzo. Despedida a la una. Es gente de trato alegre, franco y bastante fina⁶⁸. En 1797 anota otro ejemplo en que domina el juego: «A la tertulia en casa de la Comisaria, viuda de Mollinedo; gran concurrencia; mesas de bisbís; tres de rocambor y mucha gente sobrante para conversación⁶⁹. Otras veces son reuniones más tranquilas, dedicadas simplemente a charlar, leer o a jugar una partida de cartas, por ejemplo: «A la tertulia; poca gente; conversación con el cleriguito Barroeta, racionero de Santiago, sobre gramática castellana y su importancia. A casa⁷⁰. «Tertulia de conversación, sin partida⁷¹. «Lectura en Young. Vigo nos acompaña en la tertulia; juega el mediator; lectura en Cook⁷². Una tranquila tertulia vespertina entre amigos, en su casa, el domingo 8 de noviembre de 1795, incluía conversación, juego de ajedrez y lectura:

Quirós y Pedrayes juegan al ajedrez, y con Le Gueu. El primero dice que tuvo orden de entregar los planos del canal al sustituto de Casado; está hecho; enviados a la corte los lavados, que aún no vio el ministro; que el edificio para la sierra de Cádiz falseó, que Casado propuso tres lugares para volver sobre él: caño del Trocadero, puente de Zuazo...; todos se desecharon; eligió otro, cercano a la nueva San Carlos; que vendrá este verano. Peñalba, Velarde Mayor. Breve lectura en Gillies. Se empieza a leer el *Elogio de Ricardos*⁷³.

En invierno las tertulias se hacían junto al fuego del hogar, la tradicional «chimenea»:

«Sigue nevando. Los niños jugando con la nieve. Chimenea; lectura en Bruce. Sólo vino Alvarín; partida de secansa con la señora, don Juanito y don Rosendo»⁷⁴. «Chimenea; mediator; viene por primera noche Pardo; conversamos sobre estudios de Segovia, y señaladamente sobre Proust, a quien pondera mucho, y su método. Lectura en Cook»⁷⁵. «Chimenea; Caveda nos acompaña; no hay mediator por la falta de Terrero y Alvarín; lectura en Cook»⁷⁶. «Chimenea; conversación con Caveda, en la mayor parte sobre artes y letras. Cook»⁷⁷.

⁶⁸ Jovellanos: *Diario*, págs. 78-79.

⁶⁹ *Ibid.*, pág. 356.

⁷⁰ *Ibid.*, pág. 231.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 225.

⁷² *Ibid.*, pág. 325.

⁷³ *Ibid.*, pág. 284.

⁷⁴ *Ibid.*, pág. 300.

⁷⁵ *Ibid.*, pág. 324.

⁷⁶ *Ibid.*, pág. 325.

⁷⁷ *Ibid.*, pág. 325.

En algunas ocasiones extraordinarias las tertulias se transformaban en grandes fiestas, como el baile que describía Jovellanos en su diario el 13 de noviembre de 1795:

Se empieza a concurrir a las siete; hay mil contestaciones sobre excluir a los no convidados; fuéronlo algunos clérigos y abiertamente el cura de San Lorenzo, que, sin embargo, entró; grande y lucida concurrencia; mucha gente útil; arrimados los bancos en derredor de la sala, se formó un cuadrilongo que tendría treinta y ocho pies sobre diez y seis para baile; bancos al fondo, asientos en el teatro; allí el regente, su tertulia y algunas damas; una sola partida de juego. La música en la tribuna. Se rompió por una contradanza de catorce a quince parejas; bastoneros, Valdés Llanos, Tineo; todas las damas vestidas de muselina, menos dos de luto, dos de encarnado y las viudas; mucha alegría y orden; ningún disgusto, se sirvió en el vestuario café, leche, bizcochos, rosquillas, vino generoso, licores y vino común para mozos; todo abundante; duró hasta la una y media⁷⁸.

Pese a tantas distracciones como se inventaban, parece que algunas de las tertulias eran bastante aburridas, las conversaciones eran insulsas o inexistentes y el ambiente era tristón, rutinario y tedioso. El conde Gustavo Philip Creutz en su *carta a Marmontel*, de 1763-1766, criticaba la poca alegría y diversión de las tertulias españolas de la época: «Las reuniones son tristes y silenciosas; se diría al entrar en esas habitaciones mal amuebladas, que se trata de una ceremonia fúnebre; permanecéis en medio de un centenar de personas, sin que ninguna de ellas os hable ni os escuche»⁷⁹. Otro francés, el embajador Bourgoing, también opinaba que muchas de estas reuniones resultaban aburridas: «Las tertulias son reuniones muy parecidas a las francesas; quizá reina en las españolas más libertad, pero el fastidio se apodera a menudo de los concurrentes, igual que en las nuestras»⁸⁰. Jovellanos, que en el trato social buscaba no sólo distracción, sino también ilustración, se mostraba en ocasiones insatisfecho: «Al convite a casa del arcedianos de Burgos; su hermano don José, casado; su mujer, señora de edad mediana, fresca y de buen trato; un militar y dos clérigos; buen refresco y goteadísima conversación. Semejantes martirios deberían desaparecer cuanto antes de la sociedad urbana: ¡Viva el retiro y la lisura aldeana! A casa; cenar y a la cama»⁸¹.

⁷⁸ *Ibid.*, págs. 286-287.

⁷⁹ Conde Gustavo Philip CREUTZ, «Carta a Marmontel» en José García Mercadal: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III, Madrid, 1962, pág. 586.

⁸⁰ «Un paseo por España (1777-1795)» en José García Mercadal: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar, vol.III, 1962, pág. 996.

⁸¹ Jovellanos, *Diario*, pág. 219.

Los «refrescos», un placer añadido

Tertulias, visitas, academias, salones, cafés fueron en el siglo XVIII escenarios y tiempos esenciales en la vida de relación social, fundamentales en la vida individual y colectiva. En casi todos los casos había un referente alimentario que servía de eje articulador. Las tertulias eran consustanciales con los refrescos. Bebidas como el chocolate, el té y el café eran elementos imprescindibles de los nuevos ámbitos de sociabilidad del XVIII. Incorporadas las tres bebidas en diferentes momentos, el chocolate antes, a partir del siglo XVII, más tarde, ya en el siglo XVIII, cuando el chocolate había llegado a su máximo esplendor, el café y el té, y aceptadas en diferentes grados, fueron las tres bebidas calientes, no alcohólicas, que marcaron las costumbres alimentarias y sociales de la época moderna. Completaron con su sabor los momentos de encuentro y trato social y generaron y favorecieron esos momentos, creando en ocasiones la oportunidad propicia, sus propios tiempos y sus propios espacios. Cada una a su manera, chocolate, té y café fueron, frente al vino de las clases populares, las grandes bebidas de sociabilidad de las clases acomodadas de la España del Setecientos. Contra los efectos adormecedores y embrutecedores del vino bebido en exceso, los partidarios del chocolate, el té y el café, presentaban estas nuevas bebidas como las propias de las luces, por sus efectos energéticos, que tenían como resultado despertar la inteligencia, avivar el espíritu, agudizar el ingenio. Consumidas por sí mismas, por su valor alimentario y por el placer del gusto, alcanzaban todo su significado como ejes de encuentro y de relación social.

Los «refrescos» ocupaban un puesto importante en las visitas y tertulias. En el momento central de la reunión siempre se servía una merienda, más o menos importante según la categoría de la casa o la relevancia de la celebración. Era un placer añadido, un aliciente más del encuentro social. Y era también un elemento más de prestigio y distinción social. La abundancia y el refinamiento de los alimentos ofrecidos, el lujo de los objetos en que eran servidos, preciosos juegos de porcelana y de plata, constituían un conveniente complemento a aquellas ocasiones de encuentro social y cultural, que daban satisfacción al cuerpo y al espíritu. El refresco estaba centrado en el dulce, considerado en la época como lo más exquisito, saludable y reconfortante. El desfile de pasteles, confituras, bebidas refrescantes, helados y sorbetes era interminable. Aunque también se podía consumir café o té, en España siempre era el chocolate la culminación del festejo alimentario. El chocolate era una verdadera pasión general, en la que cada uno tenía sus pequeños «secretos» de acuerdo con sus preferencias personales. A sus compuestos básicos, cacao, azúcar y canela, se añadían otros ingredientes, pimienta, clavo, jengibre, frutos secos molidos, agua

de azahar, ámbar, para darle el gusto particular apetecido. La preparación tenía también sus trucos. Y el servicio del chocolate, en chocolateras de plata y preciosas jácaras de porcelana, acompañado por bizcochos y otras pastas para mojar, y seguido por un buen vaso de agua fresca, constituía todo un ritual. Juan Francisco Peyron, un diplomático francés, en el relato de su viaje por España de los años 1772-1773 comentaba uno de estos momentos:

Las familias que se visitan y se frecuentan se dan sucesivamente un refresco o una merienda; pero es con tanta pompa, tanta etiqueta y tal profusión, que rara vez se encuentra allí la alegría y la amenidad. Cuando una casa se propone dar un refresco, cuida, algunos días antes, de hacer invitar a los hombres y a las mujeres conocidos suyos. A la hora dada se dirigen a la invitación, y para ese efecto hay en todas las casas españolas una sala bastante grande para contener sesenta u ochenta personas más o menos; está rodeada de sillas muy bajas; los hombres se colocan a la izquierda y las mujeres a la derecha. Cuando una mujer llega está obligada a dar un saludo y un beso a todas las mujeres ya colocadas, hasta que llega a la silla que debe ocupar, que es siempre la última. Cuando todo el mundo está colocado, se ve entrar a varias jóvenes sirvientas que llevan bandejas cargadas de bizcochos, de panecitos azucarados, de pasteles y de agua pura helada; tal es el comienzo del refresco, que se termina con tazas de chocolate, confituras líquidas y dulces. Nadie abandona su puesto y cada uno es servido a su vez; la conversación es tranquila y mezclada con mucho silencio. En esos refrescos no está mal visto, cuando hay abundancia, el llenar sus bolsillos de frutas y de bombones⁸².

El prestigio de la casa requería que los refrescos fueran muy abundantes y que sobrara de todo. Existía la costumbre, admitida socialmente, de que los invitados, después de comer todo lo que quisieran, se llevaran a su casa los dulces y pastas que sobraban, para comerlos en otros momentos y para obsequiar a familiares y amigos que no hubieran asistido a la recepción. El propio anfitrión les instaba a ello, como muestra de esplendidez.

Otro interesante testimonio es el del Barón de Bourgoing, que informa sobre los rituales y los contenidos gastronómicos de los refrescos que se celebraban en la España de fines del Setecientos:

Los refrescos, inventados por el lujo y la golosina, tampoco contribuyen gran cosa al acercamiento entre ambos sexos. Durante el curso del año consisten sólo

⁸² «Nuevo viaje en España (1772-1773)» en José García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III, Madrid, 1962, pág. 883-884.

en ligeras meriendas que se ofrecen a las personas cuya visita se recibe; son como el prelude de las tertulias. Pero en las ocasiones solemnes, cuando se trata de celebrar una boda, un bautizo o el cumpleaños del dueño de la casa, el refresco es un asunto importante y muy dispendioso. Se invita a todos los conocidos. A medida que van llegando, los hombres forman grupo aparte de las mujeres. Estas se sientan en una habitación y la etiqueta exige que permanezcan solas hasta que haya llegado todo el mundo. La dueña de la casa las espera sobre un canapé, situado en un lugar determinado del salón, que, según la costumbre antigua, que aún subsiste en parte, se llama el estrado, encima del cual hay colgada generalmente una imagen de la Virgen. Al parecer el refresco, la conversación se anima y damas y caballeros se reúnen. Primero se pasan rondas de vasos de agua, en los cuales se deja luego disolver azúcar esponjado; se reparten luego tazas de chocolate alimento favorito de los españoles, que lo toman dos veces diarias y lo consideran tan beneficioso para la salud o por lo menos tan inocente que no se lo niegan ni a los moribundos. Tras el chocolate vienen, con abundancia extremada, los dulces y golosinas de toda clase y colores. La concurrencia no sólo come allí hasta hartarse, sino que llena de golosinas grandes cucuruchos de papel, los sombreros y hasta los pañuelos. El extranjero admitido por vez primera a esta especie de banquete donde sólo faltan licores alcohólicos, no ve la nación sobria por ninguna parte. A los refrescos siguen generalmente el baile o el juego, pero es muy raro que se terminen con una cena⁸³.

Pero no eran sólo los viajeros extranjeros los que comentaban los refrescos, considerándolos como algo típico de la sociedad española, también los periodistas en sus artículos de crítica de costumbres hablaban de ellos como una de las grandes modas de la época. José Clavijo y Fajardo en su periódico *El Pensador* esboza un cuadro del refresco:

Apenas dan las siete en el invierno y las ocho en el verano, cuando en las casas de tertulia formal se tañe la campana a refresco. Vean vuestras mercedes salir tres o cuatro pajes cargados de salvillas, platos y bandejas, repartiendo platos a todos según el orden establecido, que manda que sean preferidos, como es justo, las cofias y marruecas a los sombreros y peluquines. Tras los platos sigue la bandeja con el azúcar o los dulces que llaman de platillo [...] Sin embargo de que en medio de la bandeja se acostumbra a poner una luz, es etiqueta que el paje vaya repitiendo a cada señora los nombres de los géneros de dulces que se le sirven [...] Viene luego

⁸³ «Un paseo por España (1777-1795)» en José García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar, vol. III, 1962, pág. 996-997.

el agua, sigue después el chocolate con bollos, bizcochos, repite el agua (...) Este dispendio suele ascender a tanto como la manutención de la familia⁸⁴.

Encontramos además muchos otros testimonios. Un manual de urbanidad, escrito en verso, *El ceremonial de estrados, y crítica de visitas*, de 1789, aconsejaba, entre chanzas, sobre el modo correcto de servir un refresco⁸⁵.

Los cafés, un nuevo escenario

A mediados del siglo XVIII al chocolate le surgió un rival, el café, y a las tertulias domésticas, otro rival, los cafés. El éxito del café originó la creación de lugares especiales para tomar café. A imitación de los existentes en Londres y París, a mediados de siglo se abrieron en las principales ciudades españolas numerosos cafés, que se caracterizaban no sólo por poner de moda la bebida del café, sino por ser centros de encuentro social, de debate de nuevas ideas y de creación de opinión pública. Como complemento y alternativa a los espacios privados de las familias de la nobleza o de la alta burguesía, que se relacionaban en los salones, tertulias, academias y visitas, surgieron los cafés, espacios públicos y más populares, sin llegar al nivel popular por excelencia de las tabernas. El café será un fenómeno burgués, característicamente urbano y serán las ciudades españolas más «burguesas» aquellas en las que antes y de manera más notable proliferarán y tendrán éxito los cafés, además de Madrid, Barcelona y Cádiz. La evolución económica, social y política, el desarrollo de la burguesía y de las nuevas ideas liberales contribuyeron a este cambio de escenario y de estilo en las relaciones sociales⁸⁶.

Según escribía en 1761 el periódico *El Duende Especulativo*⁸⁷, a los cafés concurrían básicamente tres tipos de personas, los que iban a tomar café, los que iban a jugar y los que iban a discutir de política y literatura. Los aficionados al café no eran precisamente los concurrentes más fijos y significados del establecimiento, tomaban su café, acaso una copita de licor, y se iban:

⁸⁴ CLAVIJO, *El Pensador*, 1762-1767.

⁸⁵ *El ceremonial de estrados, y crítica de visitas. Obra útil, curiosa, y divertida, en que con estilo jocoso se describe como deben hacerse las visitas de bien venida; de boda; de parida; de duelo; las diarias, y otras cosas que tocan y atañen al propio asunto, y deben saberse y observarse por las Damas que no quieren pasar plaza de poco cultas*, Madrid, Antonio Espinosa, 1789, 45 págs. 20-24.

⁸⁶ M^a Ángeles PÉREZ SAMPER, «Chocolate, té y café: Sociedad, cultura y alimentación en la España del siglo XVIII» en José A. Ferrer Benimeli (Dir.) Esteban Sarasa y Eliseo Serrano (Coords.): *El Conde de Aranda y su tiempo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (C.S.I.C.), 2000, vol. I, págs. 157-221.

⁸⁷ *El Duende Especulativo sobre la vida civil. Dispuesto por don Juan Antonio Mercadal*, 1761, num. X, págs. 215-218.

Considerando que acuden a estas casas varias clases de personas, y con diferentes motivos se debe medir despacio las circunstancias de estas dos cosas, a fin de dar a cada clase de sujetos aquello que gusta y una satisfacción completa de lo que exigiere su estado y persona. Aquellos que van al Café, únicamente para tomar una taza de este líquido, persuadidos con los Naturalistas, que abate ciertas partículas ígneas, que, desprendidas del licor manchego con que se alegraron quizá con exceso en un convite, no hacen larga mansión en estos parajes; y para éstos, basta tenga el Dueño prevenido aquello que pidiesen. Si estos tales estuviesen por acaso imbuidos de que después de esta bebida conviene tomar por digestivo, y por aligerar más presto el estómago de las heces groseras del alimento, un vasito de licor, el Cafetista, teniéndolos a la mano, despedirá de pronto y con suma ligereza a estos parroquianos. Pero debo advertir a los Amos de los Cafés que frecuentaré sus casas, tomando de cuando en cuando mi vasito de Pésico, Escombat, Amor Perfecto, Lluvia de Oro, Aceite de Venus, etc., a fin de no permitir que engañen la gente, vendiendo destilaciones hechas en casa con aguardiente refinada, azúcar y un poco de quinta esencia de fruta, por legítimos licores de *Acqs*, de *Mompeller* o de *Marsella*. Han de saber que denunciaré de contado el fraude no menos a la Renta de S.M., que al Protomedicato. A los dependientes de la primera, como por contraventores a los Reales Decretos y prohibiciones y al segundo, como de atisgadores y perjudiciales a la salud pública⁸⁸.

Los cafés, espacios nuevos, espacios públicos y abiertos, lugares de reunión de toda clase de gentes, hombres y mujeres de las más diversas capas sociales, lugares entre el ocio y la ociosidad, atracción de jugadores y posibles foros de debate y discusión, muy pronto suscitaron las sospechas del poder público, que no dejó de vigilarlos, sobre todo en momentos de crisis, con la excusa de que podían fomentar la vagancia. El 16 de mayo de 1766, justo después del motín de Esquilache, Carlos III dictó un bando obligando a «tomar alguna honesta ocupación» a «todos los que, no teniendo aplicación, oficio ni servicio, se mantienen con varios pretextos, y concurren con frecuencia a cafés, botillerías, mesas de truco públicas, y otras diversiones aunque sean permitidas, pero solamente para el alivio de los que trabajan, recreo de los que no abusan y no para el fomento del vicio de los ociosos»⁸⁹.

De todos modos, en España, a diferencia de Inglaterra o Francia, los cafés, al menos durante el siglo XVIII, fueron más lugares de distracción y de encuentro social que foros políticos. Un periódico de la época, *El Corresponsal del*

⁸⁸ *El Duende Especulativo*, 1761, num. X, págs. 218-220.

⁸⁹ *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, Libro III, Título XIX, Ley XII.

Censor, calificaba a los cafés como «receptáculos de los que tenían poco que hacer» y eso podía ser por tratarse de gentes ricas o de gentes sin demasiadas oportunidades o ganas de trabajar. Normalmente las gentes no iban al café para estar a solas con una taza de café, sino para encontrarse con otras gentes, conocidas o desconocidas, casualmente o a propósito. Algunas tertulias cambiaron el escenario doméstico por el café y se reunían habitualmente en alguno de estos establecimientos. Las tertulias que en ellos se organizaban tenían un carácter eminentemente social y literario. En 1767 unos italianos, los hermanos Gippini, abrieron una fonda en Madrid, con sobremesa de café, la fonda de San Sebastián, en la calle de Atocha, y obtuvieron un enorme éxito de clientela. Gran parte de su fama la debía la fonda-café a ser lugar de reunión de la más importante tertulia literaria de la época, fundada por Nicolás Fernández de Moratín e integrada por un grupo de amigos, la mayoría escritores. A ella concurrieron Ignacio López de Ayala, Ginés de Sepúlveda, el historiador americanista Juan Bautista Muñoz, el bibliógrafo José Cerdá y Rico, José Cadalso, Tomás Iriarte y sus hermanos, el botánico Gómez Ortega, Leandro Fernández de Moratín, hijo de Nicolás, el orientalista Pizzi y varios extranjeros más, como los italianos Conti, Signorelli y Bernascone. Sus propósitos eran específicamente críticos y literarios. Como nota de seriedad, según decían, las mujeres no tenían cabida en la tertulia. Sólo se podía hablar «de teatro, de toros, de amores y de versos», y estaba expresamente prohibido tratar de política.

Los cafés facilitaban el intercambio de opiniones en un ambiente informal y ligero, por lo que se convirtieron fácilmente en centros de debate público, con preferencia a otros ámbitos más serios y reservados, animando la participación de todo el mundo, sabios e incultos, expertos e inexpertos, informados e ignorantes, y tratando toda clase de temas, incluso los más elevados y delicados. Francisco Javier Lampillas en su *Ensayo histórico-apologético de la literatura española*, de 1782, escribía:

La mayor parte de las disputas que se han publicado (...) en nuestros días concernientes a los artículos más delicados de la moral (...) se han tratado en lengua vulgar: llegando a ser por este medio entretenimiento y asunto de los inquietos Cafés aquellos puntos gravísimos, que en otros tiempos se meditaban en el retiro de los gabinetes de los hombres sabios y prudentes⁹⁰.

Pero el afán dirigista del gobierno no era siempre respetado y hombres y mujeres se encontraban y trataban en los cafés. Aunque en general era un ámbito de

⁹⁰ Francisco Javier LAMPILLAS, *Ensayo histórico-apologético de la literatura española*, 1782.

dominio masculino, el café era un espacio público al que acudían hombres y mujeres, mujeres de todas clases, mujeres de la alta sociedad y mujeres de las clases populares, mujeres tradicionales y mujeres ilustradas. A diferencia de las tabernas a las que sólo acudían mujeres de clase baja, en los cafés se consideraba aceptable que entraran mujeres de condición elevada, naturalmente acompañadas de manera conveniente. Moratín en *La Comedia nueva* o *El café* aprovecha el ambiente del café para retratar en él dos figuras femeninas. Una es Doña Agustina, liberada y culta, que ayuda a su marido a escribir obras de teatro y que se lamenta de las servidumbres de la maternidad. La otra es Doña Mariquita, mujer, esposa y madre tradicional, que se escandaliza del comportamiento de Doña Agustina.

Los gobiernos ilustrados, tan preocupados por el trabajo, se interesaban también por el ocio. Pero había que distinguir entre ocio y ociosidad. Perder el día sin hacer nada se consideraba inaceptable, pero la gente necesitaba distracción y al gobierno le parecía conveniente controlar el ocio y dirigirlo en la dirección apropiada. En 1786 el consejo de Castilla había encargado a la Real Academia de la Historia un informe histórico sobre las diversiones en las distintas regiones españolas y la Academia trasladó el encargo a Jovellanos. En 1790 éste presentó el trabajo solicitado, pero no del todo satisfecho realizó otra versión en 1796. La obra quedó inédita hasta 1812. Jovellanos en su estudio dedicó un breve capítulo a los cafés, presentándolos como lugares de conversación, lectura de prensa y entretenimiento.

Casas de conversación

Hace también gran falta en nuestras ciudades el establecimiento de cafés o casas públicas de conversación y diversión cotidiana, que arreglados con buena policía son un refugio para aquella porción de gente ociosa que, como suele decirse, busca a todas horas donde matar el tiempo. Los juegos sedentarios y lícitos de naipes, ajedrez, damas y chaquete, los de útil ejercicio como trucos y billar, la lectura de papeles públicos y periódicos, las conversaciones instructivas y de interés general no sólo ofrecen un honesto entretenimiento a muchas personas de juicio y probidad en horas que son perdidas para el trabajo, sino que instruyen también a aquella porción de jóvenes que, descuidados en sus familias, reciben su educación fuera de casa, o como se dice vulgarmente, en el mundo⁹¹.

Por las mismas fechas en que Jovellanos escribía su informe sobre las diversiones públicas y Moratín estrenaba, en 1792, su *Comedia Nueva*, conocida

⁹¹ Gaspar Melchor de JOVELLANOS, *Espectáculos y diversiones públicas...* ed. de Guillermo Carnero, Madrid, Cátedra, 1997, págs. 196-197.

después también como *El Café*, otro autor escribía una interesante evocación literaria del ambiente de un café. La obra se titulaba precisamente *El café* y como nombre del autor figuraba «Alejandro Moya», que tal vez podría esconder al P. Centeno, editor del periódico *El apologista universal*. Los años de la publicación de los dos volúmenes que constituían la obra eran 1792-1794, a fines de siglo, una época histórica ambivalente y contradictoria en que, por una parte, las costumbres ya se habían modernizado mucho en España, pero en que, por otra parte, la sombra de la Revolución Francesa, mientras alentaba a unos a intentar un cambio más radical, llevaba a otros, y sobre todo al gobierno, a frenar la evolución⁹². La «idea de esta obra», con que el autor introduce su trabajo resulta muy reveladora del concepto de café que se tenía en la época, resaltando la pluralidad y diversidad de personajes y conversaciones, pero ciñendo el espectro social representado a las clases acomodadas, nobleza, burguesía, con la particularidad de que se presenta en este caso un ambiente estrictamente masculino, pues no aparece en la obra ni un solo personaje femenino. El autor aprovecha para pintar un cuadro costumbrista y hacer, de paso, un poco de crítica y de ironía, pero sin radicalismo y sin acritud. Como medio de exponer las conversaciones que se desarrollan en el café, la obra está dividida en varios capítulos titulados «mesas», recurso que permite al autor comentar los diversos temas de conversación, costumbres de la época, relatos de viajes exóticos, discusiones literarias, novedades científicas, historias del pasado y cuestiones de actualidad en el presente. Resulta significativa la elección de los temas y son interesantes las diversas teorías apuntadas sobre el arte de la conversación, sobre lo conveniente o inconveniente en las tertulias, sobre la creación de opinión, sobre el trato social y sobre el comportamiento humano en general. Un periódico de la época, *El Corresponsal del Censor*, presentaba igualmente el ambiente de un café, como lugar de ocio y de diálogo, y comentaba con ironía, yendo de mesa en mesa, las conversaciones de los clientes, en este caso sobre literatura, espectáculos, toros y política⁹³.

En el siglo XVIII el café era un lugar en que se hacía literatura, se debatían ideas literarias, incluso era el lugar de trabajo para algunos escritores y periodistas, pero también era un espacio literario, que servía a los autores de oportunidad para situar y relacionar los personajes y desarrollar la acción. Se podrían citar numerosos ejemplos extranjeros, por ejemplo *La bottega del caffè* de Goldoni, y *Le Neveu de Rameau*, de Diderot. En España podríamos encontrar también numerosos casos, el más famoso es, sin duda, *La comedia nueva o el Café*,

⁹² Alejandro de MOYA, *El café*, t. I, Madrid, González, 1792, 191 págs., t. II, Madrid, Ramón Ruiz, 1794, 176 págs.

⁹³ *El Corresponsal del Censor*, 1787, Carta IV, págs. 48-50.

estrenada en 1792, de Leandro Fernández de Moratín, que como indica el autor «la escena es en un café de Madrid, inmediato a un teatro», que algunos han identificado con la famosa fonda de San Sebastián⁹⁴. Pero hay otros muchos, el café fue el escenario elegido por Ramón de la Cruz (1731-1794) para su comedia en un acto, *El Café de Barcelona*, encargada por el Capitán General y representada en Barcelona para inaugurar el teatro nuevo y celebrar el santo del rey Carlos III, el 4 de noviembre de 1788. También hay otra obra similar, de Juan Ignacio González del Castillo (1763-1800), titulada *El Café de Cádiz*. Los cafés tenían un papel cultural y muy especialmente literario. Teatro, poesía, periodismo, eran temas habituales de las conversaciones de café.

Muy interesante es la simbiosis entre prensa y café. La prensa, que constituía un elemento importante en las tertulias domésticas, adquirió todavía mayor relevancia en los cafés. Los cafés eran lugares que propiciaban la lectura de los periódicos y, a la vez, el atractivo de leer la prensa era uno de los motivos principales de acudir al café. Periódicos y conversaciones eran elementos fundamentales de difusión de información y de creación de opinión pública que interesaban especialmente tanto a políticos como a escritores y periodistas. El café atraería a los interesados en la prensa y la prensa atraería al café a las gentes que buscaban información. El interés era recíproco. *El Duende Especulativo* de 1761 resaltaba la importancia de la prensa en los cafés:

Debe el Maestro del Café tener a la vista, y sobre una mesa, las Gacetas, el Mercurio, y los Papeles impresos, que son del día, como Poesías sueltas, el diario, el duende, el Cajón de Sastre, y las noticias manuscritas sobre toros, cuchilladas de comedias, funciones públicas, entierros, etc., pues éstos son el cebo que atraerá y endormecerá a los ociosos, para que despertando pidan un vaso de agua o una taza de café, si se lo permite el bolsillo. Las Gacetas, así extranjeras, como del Reino, servirán para llamar a los hambrientos de noticias, y fijar aquellos que desean instruirse del Estado de los Ejércitos y de las revoluciones que acaecen en los Ministerios y pueblos; de la salud y enfermedades de los Potentados: en una palabra, de la paz y de la guerra⁹⁵.

El Duende Especulativo planteaba la sugerencia de ampliar la oferta de prensa con destino a los cafés, mediante la creación de un nuevo tipo de periódicos populares que, en lugar de dar noticias de grandes personajes de lejanos

⁹⁴ Edward BAKER, «In Moratin's Café» en W. Goldzich y N. Spadaccini: *Institutionalization of Literature in Spain*, Minneapolis, 1987, págs. 101-123, ed. castellana en *Materiales para escribir Madrid. Literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*, Madrid, 1991, págs. 1-25.

⁹⁵ *El Duende Especulativo*, Madrid, 1761, págs. 221-223.

países desconocidos, informara sobre los acontecimientos cotidianos de la gente común en los lugares más próximos y conocidos. La sugerencia resulta significativa de la evolución posterior de la prensa.

También fue importante su papel político y social. No es simple casualidad que algunas de las obras más conocidas entre las situadas en los cafés se refieran a las tres ciudades más avanzadas de la época, en que la burguesía, por diferentes razones, jugaba un papel más destacado y en las que las clases populares tenían mayor protagonismo, Madrid, Barcelona y Cádiz, el triángulo liberal-burgués por excelencia. Como apunta Baker, «en mayor medida acaso que ningún otro interior urbano del Antiguo Régimen, el café simboliza en toda Europa la capacidad que tiene el liberalismo clásico de cuestionar las jerarquías sociales existentes y de confrontarlas con el modelo, socialmente promiscuo desde el punto de mira del despotismo ilustrado, de la concurrencia, del mercado entendido no únicamente como modelo de las actividades económicas sino además, y en este caso sobre todo, como modelo de relaciones sociales⁹⁶.

⁹⁶ Baker, ob. cit. p. 4.